

CRISTIANIDAD



NUESTRA PORTADA

EL BEATO PADRE ALMATO

En San Feliú de Saserra, diócesis de Vich, nacía el día de Todos los Santos de 1830, el angelical Pedro Almató. En el colegio sintió la llamada de Dios, leyendo los Anales de la Propagación de la Fe, que le invitaba a emular a los mártires del Oriente. Para confirmar esta llamaba acudió al consejo de su paisano San Antonio María Claret, quien le alentó a ingresar en el convento de los Padres Dominicos de Ocaña. Tenía 17 años cuando tomó el hábito blanco y escribía a sus padres :

«Estoy muy contento y les ruego se alegren conmigo. No quiero pensar más en las engañosas ofertas de los mundanos, pues sé que es imposible hallar en sus placeres la paz que el corazón del hombre apetece. La verdadera paz solamente se halla al pie de los altares del pacífico Rey Jesús... ¡Qué felicidad será para nosotros hallarnos arriba para siempre juntos en la gloria, sin peligro de separarnos jamás!».

Al año siguiente hizo su profesión y escribió de nuevo :

«En esta Orden se encuentra una paz, una alegría, que supera toda humana creencia».

Tenía 22 años cuando embarca rumbo a Manila.

«De largo tiempo deseaba ir de misionero al Tonkin; pedía esta gracia a Dios y a su Santísima Madre, y manifesté mis deseos a mis superiores. El Señor me ha oído. Sean dadas gracias al Señor que se ha dignado escogermé».

Llegado al Tonkín, tras increíbles peligros y trabajos, se presentó al Santo Obispo Hermosilla el día de la consagración episcopal del también santo mártir Melchor García Sampedro. Arreciaba la persecución

y el santo Obispo quiso enviarle a la China, dada su muy delicada salud. La carta llegó tarde y cuando se presentó ya había marchado otro en su lugar. Fray Domingo María Muñoz que le sustituyó, escribía más tarde :

«¡ Oh, Almató ! tú debías haber ido a Macao y no yo, pues así lo quería el venerable Hermosilla ; pero Fray Domingo no fue digno de la palma del martirio, con que Dios premió tu virtud».

El Venerable Fray Hilario Alcázar, Obispo de Tonkín, escribía también :

«Considerando su poca salud, bien puede creerse que Dios le llevó a las Misiones para darle ocasión de morir por la fe, pues era un joven de óptimas costumbres y vida inocente. Puedo dar testimonio de que jamás se manchó con pecado mortal y que fue siempre castísimo y virginal».

La situación de los misioneros perseguidos era tan difícil, que el Santo Padre Berrio Ochoa escribió a su Obispo el Padre Hermosilla, que se hallaba escondido en unas barcas de pescadores cristianos, para que buscara escondite para él y los misioneros padres Fernández y Almató, para los que no había ya refugio en parte alguna. Así lo hizo el Obispo, pero de nada sirvió, pues a los pocos días de hallarse juntos, fueron detenidos todos.

Los suplicios y tormentos que sufrió el Santo Fray Pedro Almató, están referidos en la historia de su compañero de martirio Fray Valentín de Berrio-Ochoa.

Formó en la legión de los santos mártires degollados por Cristo, el día en que cumplía 31 años, el día de Todos los Santos de 1861.

* Véase en este mismo número amplia referencia sobre los misioneros mártires del sudeste asiático.

ALEGRÍA CRISTIANA

«Alegraos siempre en el Señor, porque El está cerca de cuantos le invocan en verdad».

El Papa ha dirigido, en 9 de mayo, una exhortación a todos los fieles del mundo llevándoles el mensaje apostólico de la alegría en Cristo y María.

La oportunidad y congruencia de esas palabras respecto de las necesidades de nuestro tiempo quedan puestas de relieve por la sorpresa que pudieron causar y por lo inesperado de las mismas. Se nos recuerda el carácter esencial que para el espíritu y la vida del cristiano tiene este gozo en el Señor, en un momento en que la desazón y la tragedia, la amargura y la desesperanza parecen signos dominantes en nuestro mundo.

El mensaje de la alegría es por esto mismo un criterio de discernimiento de espíritus y una sencilla norma de criterio de la autenticidad de nuestro seguimiento de Cristo. Todas las deformaciones y tentaciones que nos acechan quedan vencidas con la aceptación del regalo divino del gozo y de la paz.

La alegría es signo de la fe verdadera y ortodoxa: «alegría común, verdaderamente sobrenatural, don del Espíritu de unidad y de amor, y que no es posible de verdad, sino donde la predicación de la fe es acogida íntegramente, según la norma apostólica». Las sutilezas y asiduas falacias con que las desviaciones de falsas teologías y el contagio mundano de protervas rebeldías desintegran y corroen nuestras actitudes quedarán remediadas en el aliento alegre arraigado en la pureza de la fe y en la fidelidad a la Iglesia.

Porque en la alegría sobrenatural que solo Cristo puede dar está el ambiente de la unidad del Cuerpo místico de Cristo. La unidad en la verdad y en la obediencia nos hará alegres en los caminos de Dios y en la comprensión sincera de este misterio de la unidad cristiana.

«Porque esta fe, la Iglesia católica, aunque dispersa por el mundo entero, la guarda cuidadosamente, como si habitara en una sola casa, y cree en ella unánimemente, como si no tuviera más que un alma y un corazón; con una concordancia perfecta la predica, la enseña y la transmite, como si no tuviera sino una sola boca». Estas palabras de S. Ireneo, que se nos recuerdan ahora nos sirven de consuelo al llevarnos a olvidar las tristezas y amarguras en que nos sume el mito de las tensiones y de lo supuestamente necesarios pluralismos con que se suplanta tantas veces el llamamiento divino a la plenitud y consumación de nuestra vida en la unidad de la fe.

Alegría y fe son pues inseparables. Si la alegría es fruto y signo de la verdad de aquella, es también porque solo la fidelidad a la fe ortodoxa, la obediencia al Evangelio puede fundamentar aquella virtud teologal en la que el cristiano peregrino, viador hacia su patria eterna, puede arraigar su gozo: «alegrándonos en la esperanza». Ningún mensaje más urgente que el de este aliento y anhelo que se apoya en el poder y en la bondad y en la fidelidad de Dios a sus promesas. Para los cristianos de nuestro tiempo la vida de la esperanza sobrenatural viene a ser como la necesidad más urgente: solo ella da vida a la fe al hacerla fructífera y ferviente en la verdadera caridad. El inmanentismo, el horizontalismo antropocéntrico que nos lleva a falsas esperanzas muestran sus frutos en la tristeza y en un pesimismo que resiste al Espíritu Santo y fructifica amargamente en el desprecio al pueblo de Dios y la rebeldía contra toda paternidad y magisterio.

Aquel grave pecado contra el Espíritu Santo que es la deformación del precepto del amor cristiano, la utilización soberbia y antiteísta de una mitificada caridad sin Dios,

muestra su fruto en el odio y la tristeza, y en el desprecio al prójimo. La esperanza teologal es la única vía por la que puede entrar en nuestro corazón la caridad de Dios difundida por el Espíritu Santo que se nos ha dado y que lleva entre sus frutos la paz, la alegría y el gozo.

Nos hacemos eco del llamamiento pontificio a la alegría en momentos de grave dolor y tragedia. La indiferencia de la opinión del mundo occidental ante la tragedia de la Cristiandad vietnamita, la casi completa falta de solidaridad con los sufrimientos de los pobres y oprimidos de aquel pueblo, coinciden con doloroso signo con la muerte de una heroica figura del cristianismo contemporáneo: La del Cardenal Mindszenty, testigo de Cristo ante los poderes «luchadores contra Dios» que tiranizan hoy gran parte del mundo.

Parece como si asistiésemos a los primeros síntomas de una final catástrofe social y política en la que podría venirse abajo el edificio cultural y político de todo un mundo, heredero de la fe cristiana, y apóstata de Cristo sustituido por engañosos ideales que ya no pueden darle consistencia ni valentía en el combate ante los imperios anticristianos.

Pero el llamamiento a la alegría cristiana es una exigencia incondicional. Brota del Corazón de Cristo y tiene su causa en María Madre de Dios y Madre de la Iglesia. «¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?» La alegría y la paz del cristiano no son las que da el mundo. Se convierte en gozo nuestra tristeza cuando el mundo se alegra en nuestro sufrimiento.

El ejemplo del Cardenal Mindszenty y el múltiple y anónimo de los que habrán sido martirizados por Cristo en estos mismos días en el torturado pueblo vietnamita nos señalan el camino y el carácter imperturbable y permanente de la alegría a que somos llamados. La alegría de la fe se corrobora por la paciencia en la que se hace fuerte y arraigada la esperanza cristiana.

Por esto es oportuno referir hoy la alegría en el Señor a la esperanza de que Dios no privará a su Iglesia de la gracia que lleve a los cristianos de hoy al heroísmo del martirio. Aunque viésemos hundirse ante nuestros ojos las construcciones humanas del Occidente cristiano y apóstata no podríamos por ello sentirnos desesperados. Alegrándonos en los designios divinos sobre los pueblos y las generaciones, deberíamos alentar gozosamente nuestra esperanza en el cumplimiento futuro, por los caminos del Señor, de sus designios de paz y de misericordia sobre el mundo.

F. C. V.

Intenciones del Apostolado de la Oración

JUNIO



MISIONAL: *“Que los superiores y los educadores en las misiones instruyan a los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa en una doctrina del todo conforme al Magisterio de la Iglesia”.*

GENERAL: *“Que la celebración centenaria de las manifestaciones del Corazón de Jesús, hechas a Santa Margarita María, promueva largamente los fines pretendidos por el mismo Señor”.*

Evangelio de María

Roberto Cayuela, S. I.

Feliz idea ha sido la de dar el nombre de «Evangelio de la Virgen María a las palabras que de Ella se nos han conservado en el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

En verdad, las palabras de Nuestra Señora son su Evangelio; es decir, un Mensaje virginal y maternal, dentro del Mensaje de salvación, que es el Evangelio de Cristo, y como parte integrante de él.

Son siete palabras, o conjunto de palabras, son siete expresiones, que por dicha nuestra sabemos haber pronunciado la Virgen. Las cinco primeras nos las ha transmitido el Evangelista San Lucas; y las dos últimas, el Apóstol y Evangelista San Juan.

Todas ellas han sido, durante casi veinte siglos, objeto preferente del estudio, meditación y contemplación de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, lo mismo que de los Sumos Pontífices y Obispos de

ella; de los teólogos de la Mariología, y de los fieles cristianos; todos los cuales han encontrado siempre en las palabras de María, una mina, un tesoro, un arca sagrada de enseñanzas y ejemplos de la Virgen; pues son palabras que el Espíritu Santo le inspiró a Ella para que las pronunciase; y quiso que se nos quedasen consignadas en el Santo Evangelio.

Nuestro intento modestísimo es, en primer lugar, exponer, en su conjunto, el sentido e importancia del Evangelio de María; esbozar después un breve resumen de él; y, finalmente, subir, con nuestros queridos lectores, a lo que la cumbre de este Evangelio, en verdad virginal y maternal, de la que es Nuestra Señora, Abogada, Maestra, Modelo y Madre.

Dedicaremos este artículo a los dos primeros puntos propuestos; reservando el tercero para un artículo subsiguiente.

I. - Sentido e importancia del Evangelio de María

Fue, sin duda, voluntad muy amorosa y designio muy singular de Cristo Nuestro Señor, que dentro de su Evangelio tuviésemos como un suavísimo Evangelio de su Madre y Madre nuestra; y esto, por tres motivos.

Primero, porque como Cristo quiso asociar su benditísima Madre a toda la vida y a toda la obra de El; y de manera que llevase Ella la representación y la parte más inmediata y principal de toda la cooperación humana, activa y libre, la de la humanidad entera, la de todos los hombres redimidos, a la obra de su salvación y redención por Cristo; dispuso El que aun en su mismo oficio y misión de Divino Maestro del género humano, tuviese una señalada parte su Madre; de tal modo que junto a las enseñanzas de las palabras de Jesús, y como reflejo y trasunto de ellas, tuviésemos también unas preciosas enseñanzas en las palabras de su Madre. Así sería Ella para todos los hombres, no solamente Madre espiritual en la vida divina de la Gracia, sino también Maestra de esa misma vida sobrenatural; y nosotros, además de hijos, discípulos suyos.

Así también sería la Bienaventurada Virgen, y de un modo completo, lo que Cristo quiso que fuese, y lo ha proclamado el Concilio Vaticano II: «tipo y ejemplar acabadísimo de la Iglesia, en la fe y en la caridad» (L. G., c. 8.º n. 53). Y como la Iglesia es Madre y Maestra, también lo fuese, y aún antes que la Iglesia y para ella misma, y por modo excelentísimo y enteramente singular, la Virgen María; también Ella Madre y Maestra.

El segundo motivo que no cabe duda tuvo Jesús al disponer que su santa Madre, con sus palabras, nos legase su Evangelio, dentro del de Cristo mismo, fue para que conociésemos bien, de un modo directo, con luz de fe, a su Madre y Madre nuestra; y así, al conocerla íntimamente, por las mismas excelencias de sus virtudes, patentes de sus palabras, y la invocásemos con ilimitada e inquebrantable confianza.

A este nobilísimo y santísimo fin, quiso Jesús que su misma Madre se nos diese a conocer; que nos abriese su Corazón, para que en él viésemos con celestiales claridades lo que Ella fue para con Dios, para consigo misma, y para con la Iglesia y todos nosotros.

Un tercer motivo podemos añadir con toda seguridad que tuvo Cristo Nuestro Señor para querer y disponer que en su Evangelio nos constase el espíritu, la vida, la virtudes de su Santísima Madre; y todo con las mismas palabras de Ella, expresión auténtica de su pensamiento. Y este tercer motivo fue atraernos suavemente al Evangelio mismo; invitarnos a la lectura, estudio, meditación y contemplación de su Evangelio, para buscar en él, y hallar en él, las verdades de la fe acerca de María.

Con esto quiso darnos a entender nuestro Divino Salvador que principalmente en el Evangelio, y en no pequeña parte, por las palabras de la Virgen, hemos de buscar todo lo que hemos de creer acerca de Ella, de sus grandezas, de su vida, de su misión en la Iglesia y en la historia toda de la salvación humana; porque la verdad es que en el Evangelio tenemos luz bastantísima para conocer a María con conocimiento de fe; y así, amarla, invocarla e imitarla.

Lo que de Sí mismo dijo Jesús a los judíos: «Escudriñad las Escrituras, en las cuales creéis que está la vida eterna; porque ellas os darán testimonio de quien Yo soy» (In., 5,39); eso mismo nos lo dice Jesús a nosotros, respecto de su Madre: abrid el Evangelio; leed, estudiad y medita el Evangelio, porque él os dará testimonio de quién es mi Madre.

Mas esto, claro está, con tal que leamos u oigamos el Evangelio en su verdadero sentido; y para ello, lo recibamos completado por la Tradición Apostólica, y transmitido, enseñado y declarado por el Magisterio de la Iglesia.

Ejemplo preclaro de todo esto nos lo ha dado el Concilio Vaticano II, al buscar en el Evangelio, y al enseñarnos según él, la doctrina católica sobre María y con preciosos y continuados textos de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, en su admirable Capítulo 8.º de la Constitución «Lumen gentium» con el inspirado título: «La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia».

El igual preclaro ejemplo de lo mismo nos lo han dado los Papas de nuestros tiempos, al hablarnos en sus Encíclicas, Alocuciones y Mensajes acerca de la Virgen María, como se puede ver en el egregio volumen de la BAC, «Documentos Pontificios Marianos». Las enseñanzas de los Papas sobre María se fundan siempre en el Evangelio, con la Tradición y el Magisterio perenne de la Iglesia; y expresamente en el Evangelio de María, con sus palabras.

¿No es, pues, el mismo Divino Maestro el que nos da el verdadero sentido y nos hace ver la gran importancia del Evangelio de su Santísima Madre?

Ella, por su parte, nos confirma lo mismo con su modo de proceder.

Guiada siempre por el Espíritu Santo, y docilísima en todo momento a su divina inspiración, fue no menos admirable en su amado silencio, al que se atuvo de ordinario en su vida, que en sus palabras, cuando, llena del Espíritu Santo, las pronunció para enseñanza y ejemplo nuestro.

Por de pronto, hemos de recordar que, según consta del Evangelio, y lo han observado atinadamente los Maestros de la vida espiritual, las palabras de la Virgen fueron siempre muy prudentes y acertadas; ceñidas y bien miradas; y dichas con reposo, dulzura y suavidad.

Fueron, además, pocas y breves; casi todas brevísimas. Se extendió solamente más al hablar con Dios, proclamando sus grandezas en su admirable Cántico, el «Magnificat»; pero aún así, todo el Evangelio de María cabe en menos de una página. Pero, ¡qué Evangelio tan precioso; qué palabras tan llenas de espíritu y de celestial sabiduría! Habló cuando el Espíritu Santo le movió a hablar; y lo hizo en la forma que El le inspiraba. Y el Divino Espíritu le inspiró las palabras que mejor podían servir para los intentos y designios de Jesús, que antes hemos recordado.

En María se cumplió perfectamente, como en nadie después de Cristo, lo que el mismo Divino Maestro nos dice: «De lo que rebosa el corazón, habla la boca» (Mt., 12,34); pues las palabras y expresiones de la Virgen fueron dichas de lo que tan abundantemente rebotaba su Purísimo Corazón. Por eso, dijo San Bernardino de Sena que las siete palabras de María «fueron como siete llamaradas de su Corazón, abrasado en amor divino»; y añade: «De su Corazón, como de un horno de divino ardor, y como de un tesoro riquísimo, profrizó la Virgen sus buenísimas palabras, todas ellas de ardientísima caridad» (Serm. 9 de Visitatione).

Ella nos abrió su Corazón; y así se nos dio a conocer como en realidad era. Su Evangelio es el de su Corazón virginal y maternal.

Acerquémonos, pues, con respeto y confianza al Corazón Purísimo de María; y oigamos atentamente sus palabras, que son su Evangelio; y tratemos de entenderlas, expuestas en reducida y modesta síntesis.

II. - Breve resumen del Evangelio de María

Lo forman, como hemos dicho, siete palabras o expresiones de la Virgen, de las cuales, las dos primeras las dirigió Ella al Angel San Gabriel, en la Anunciación; la tercera, a Santa Isabel, su prima, al saludarla, cuando ya era Madre de Dios, y fue a su casa para visitarla y asistirla; la cuarta fue el soberano Cántico de María, el «Magnificat», como respuesta a la felicitación con que enaltecíó Santa Isabel; la quinta fue su amorosa queja y pregunta maternal a su Divi-

no Hijo, cuando niño de doce años, se le había perdido; y Ella le halló en el Templo de Jerusalén; y las dos últimas fueron dichas por María en el banquete de boda de Caná de Galilea; una a su Hijo; otra a los sirvientes del convite.

Enumeradas ya, veamos de penetrar en el significado de cada una de ellas; significado de Evangelio, o sea de Mensaje de salvación.

1.ª—«¿Cómo será eso, pues no conozco varón?»

Esta es la primera palabra que sabemos de la Virgen María; la primera revelación de su corazón; y el comienzo de su Evangelio.

Con razón alaba e invoca la Iglesia a María con el título de «Virgen prudentísima»; pues tal se nos mostró en esta pregunta que hizo al Angel San Gabriel, después que habiéndola saludado: «Dícs te salve, la llena de Gracia; el Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres» (Lc., 1, 28); y habiendo disipado el temor que notó en Ella, al verla ruborizada con santa turbación; le anunció que Dios había tenido a bien poner sus ojos en Ella con la bondad de su gracia; y que por ello sería la Madre del anunciado Mesías; la Madre del Hijo de Dios, hecho Hombre para la salvación de los hombres.

Esta pregunta parece semejante a la que seis meses antes había dirigido Zacarías, el padre de San Juan Bautista, al mismo Angel Gabriel: «¿En qué conoceré eso?» (Lc., 1, 18). Pero agudamente notó San Agustín: «semejante es la palabra; pero desemejante el corazón» (Serm. 291, 5); pues Zacarías preguntó indiscretamente pidiendo una señal; mientras que María preguntó deseando discretamente informarse sobre el modo de la concepción que se le anuncia, y a la que naturalmente parece oponerse el propósito y aún el voto que tenía de guardar perpetua virginidad; ya que éste es el único sentido posible de la expresión «no conozco varón».

Admirable prudencia la de María; pues con ser tan excelsamente grande la promesa del Angel, no se

cebó luego en ella, hasta ver cómo se concertaría con su voto de virginidad; a la cual estaba tan sumamente aficionada, que, con detrimento de ella, se le hacía muy dificultoso ser Madre, aunque fuera de tal Hijo. Y aunque sabía por la profecía de Isaías (Is., 7, 14), que la Madre del Mesías sería Virgen; quiso, con todo con exquisita prudencia, reflexionar sobre la revelación del Angel, para ver cómo se concertaba con la revelación del Profeta.

El modo de hacer la pregunta, bien se ve que fue humilde, razonado, decoroso; con palabras sencillas y castas; y tan breves, que fuesen las bastantes para que el Angel la entendiese.

Y con la prudencia admirable, y el amor a la pureza virginal sobre toda ponderación, reveló María en esta pregunta una fe firmísima. Ella creyó y creyó sin vacilar; y tan sólo deseó saber si podría conservar su voto de virginidad, hecho a Dios, a pesar de sus desposorios con San José, aún en el caso de la divina maternidad que se le anunciaba.

¡Qué belleza y excelsitud de espíritu y de corazón demostró María en esta su primera palabra! Fe firmísima, carácter reflexivo, agudeza de entendimiento, junto con prudencia y amor a la virginidad; todo brilla en esta pregunta; y al mismo tiempo, una santa libertad y una alteza de espíritu tales, como no podían hallarse sino en la hereditísima Mujer que siendo Hija predilecta del Eterno Padre, había sido elegida para ser Madre del Divino Hijo y Esposa del Espíritu Santo.

2.ª—«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc., 1, 38).

Respondió el Angel a María, dándole la más clara y espléndida explicación de lo que Ella desaba saber. Le anunció que sería Madre-Virgen; pues su maternidad sería por obra del Espíritu Santo. Le reveló que el Hijo, virginalmente concebido y dado a luz, sería

el Hijo de Dios y aun le dio una señal, que María no había pedido: la milagrosa maternidad de Isabel, su pariente.

Y entonces, enterada ya María de todo el alcance del mensaje divino; y consciente de lo que va a decir,

da, finalmente, con las palabras más humildes y rendidas, su libre asentimiento; el asentimiento solicitado por Dios; el asentimiento esperado por todo el género humano.

Este asentimiento, término felicísimo de las negociaciones, digámoslo así, de la embajada del Angel; dado con plena conciencia de lo que libremente aceptaba; y en representación de todo el linaje de los hombres, constituye a María Mediadora de la salud eterna entre Dios y los hombres; y también verdadera Corredentora. Desde el instante que el consentimiento virginal tenía por objeto, no ya solamente la Encarnación del Hijo de Dios, sino también el cumplimiento de las profecías mesiánicas y la realización de los divinos designios sobre la salvación humana; el vincular y como condicionar Dios esta realización al consentimiento activo, voluntario y libre de María, era solicitar para los planes divinos la cooperación personal de Ella; la cual, al darlo tan decidida y generosamente, iniciaba y ponía en ejecución la economía entera de la redención y salvación de los hombres. Así, a la acción personal de María se debió que los misericordiosos designios de Dios se convirtiesen en venturosa realidad. Pudo haber sido de otra manera; mas Dios quiso que fuese así.

Y apenas pronunció María sus palabras, «el Verbo se hizo carne» (In., 1, a16), para redimirnos y salvarnos.

Siempre en toda maternidad auténticamente humana, el ser madre no es algo meramente biológico; sino que es una verdadera unión de destinos de dos vidas, la de la madre y la del hijo; pero mucho más en el caso de María; pues cuando dijo su «sí» para ser Madre de Jesús Salvador, no sólo fue un «sí» para que el Hijo de Dios tomase carne en sus entrañas; sino que también fue un «sí» para ligarse, vincularse, unirse perfectamente al destino de las dos vidas, la de Jesús y la de Ella; en las alegrías y en los sufrimientos; en todo.

Con toda verdad, María, por su «sí», quedó indisoluble y estrechamente unida no sólo a la persona, sino también a la obra y a todo el decurso de las acciones de su Hijo; y esa unión de vida y de destino se mantuvo y llegó a su cima, sobre todo, en el momento decisivo de la Cruz.

No podemos dudar de que Dios reveló entonces a María la obra de redención y restauración que Jesús venía a realizar; y que le hizo entender claramente qué cosas se habían de restaurar, en qué consistiría la redención, y por qué caminos de dolorosos sacrificios se habían de llevar a cabo; y María se consideró del todo ligada a la vida y muerte de Jesús; lo aceptó todo plenamente, y se asimiló desde entonces todos los sentimientos de víctima expiatoria, de Cordero de Dios, por los pecados del mundo, que día en día iba sintiendo latir en el Corazón de su Divino Hijo.

El «fiat», el «hágase en mí según tu palabra» es el «sí» completísimo de María para ser Madre del Redentor, Madre también de la Iglesia, y de todos los redimidos, unida más que nadie, partícipe mejor que nadie en la vida y obra redentora de Jesús.

Y ¡qué revelación tan aleccionadora y de tan prácticos ejemplos para nosotros, la que tenemos de las virtudes de María en las palabras de su asentimiento a la embajada del Angel!

En primer lugar, fe grande y firmísima, dando crédito a las palabras del celeste mensajero, y creyendo que podría ser virgen y madre, sintiendo altamente la omnipotencia de Dios. Además, profunda humildad en medio de tantas grandezas que se le ofrecían, llamándose esclava del Señor; con lo cual expresó el verdadero concepto en que se tenía, como quien no era suya, sino propiedad del Señor, en absoluta dependencia de Él y para su perfecto y exclusivo servicio, al modo de quienes vivían respecto de sus señores en la esclavitud de aquellos tiempos. Y, en tercer lugar, rendida obediencia y resignación completa, ofreciéndose a poner por obra lo que el Angel le había dicho, y todo lo que Dios le mostrase ser su santa voluntad. Y todo con ardentísimo amor.

Esta, eternamente memorable, palabra de María dio el ser al Hombre-Dios; hizo de Ella la Madre de Dios, y también de nosotros, hijos de Dios. Jamás aún había sido honrado y glorificado Dios con un acto que entrañase tanta belleza, tanta virtud, tanta profundidad de amor y de servicio, y tanto poder de eficacia sobrenatural. Con el consentimiento de María empieza la vida del «Verbo hecho carne», y la obra de la salvación humana.

3.ª—«Y saludó a Isabel» (Lc., 1, 40).

No consignó el Evangelista las palabras con que María hizo este saludo, al entrar en la casa de Zacarías y de Isabel, en Ain-karín, a unos siete kilómetros al oeste de Jerusalén; pero fueron sin duda las

que de ordinario se usaban, en el Pueblo de Dios, para saludar: «la paz sea contigo»; o bien: «venga sobre tí la bendición del Señor». Y salta a la vista la exquisita deferencia y el respetuoso afecto de amor que

muestra María para con su anciana prima; y juntamente su hermosa humildad, al adelantarse Ella en el saludo. «Es de advertir (comenta San Ambrosio) que la que es mucho más y muy superior, salude a la que es mucho menos y muy inferior; y esto es para que la inferior sea ayudada» (Comm. in Lc., L. 2, c. 4).

Y ¡qué maravillosamente fue ayudada Isabel, como también el niño que llevaba en su seno, con este saludo de María! Porque la suma importancia de él (como lo anotaron los Santos Padres y lo explican los Teólogos), consiste en que Jesús, estando aún en el seno virginal de María, quiso valerse de la salutación de Ella para realizar su primera obra de salvación y santificación; pues quiso que esta obra fuese por mediación de María, para darnos a entender que María es la Mediadora de las gracias de Cristo.

Y fue así que «al oír Isabel la salutación de María, dio saltos de gozo el niño en su seno; y fue llena Isabel del Espíritu Santo» (Lc., 1, 41); es decir, al niño Juan se le infundió la gracia santificante, que le libró del pecado original, y le hizo hijo de Dios; e Isabel recibió grandes aumentos de gracia divina, con el don de la profecía, y un conocimiento de viva fe de que María era Madre de Dios, y Jesús el Mesías prometido, el Hijo de Dios hecho Hombre. Todo, obra meritoria de Jesús, acción vivificante del Espíritu Santo, como agente principal e inmediato; y cooperación activa de María con su salutación, como agente instrumental, como Mediadora de tan excelsas gracias para el hijo y la madre; para Juan e Isabel.

4.^a—«Engrandece mi alma al Señor...» (Lc., 1, 46-55).

Es el soberano Cántico con que María proclama las grandezas del Señor, el «Magnificat». Mas como es la

De este admirable modo nos reveló el Espíritu Santo la economía de nuestra salvación. Jesús es quien nos mereció la gracia divina que nos salva; y nos la da por mediación de María, su Madre y Madre nuestra; para que nosotros tengamos confiado acceso por María a Jesús, como por Jesús lo tenemos al Padre Celestial, en el Espíritu Santo.

Por esto mismo, teniendo nosotros presente el significado del asentimiento de María al mensaje del Angel; y juntamente la eficacia de su intercesión para nuestra salvación y santificación, ya en su saludo a Isabel; podemos exclamar con el gran Bossuet: «Aquí está el sólido fundamento de la ferviente devoción que la Iglesia ha profesado siempre a la Virgen María; pues Ella tiene la misma parte en nuestra salvación, que Eva tuvo en nuestra perdición; y no es otra la doctrina de la Iglesia, bebida en una Tradición que llega hasta los principios mismos del Cristianismo, y que se va desarrollando a través de toda la serie ulterior de los misterios del Evangelio» (Elevations sur les Mysteres; 5.^a Elév., 12.^o semaine).

Descubrimos finalmente, en este misterio de la Visitación de la Virgen a Santa Isabel, al iniciador y promotor del culto a María; el cual no es otro que el Espíritu Santo, que nos quiso revelar, con ocasión de las palabras de María en su salutación a Isabel, y de la manera más maravillosa y amable, el fundamento, el ejercicio, los bienes de la devoción a la Madre de Dios.

cumbre del Evangelio de Ella, dejamos su exposición para un ulterior artículo.

5.^a—«Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo, llenos de aflicción, te andábamos buscando» (Lc., 2, 48).

Todos recordamos la ocasión misteriosa en que la Virgen María pronunció estas palabras, también misteriosas.

La ocasión fue la quedada y el hallazgo de Jesús en el Templo de Jerusalén, cuando tenía 12 años.

Había subido Él, con María y José, desde Nazaret a la Ciudad Santa, para la Fiesta de la Pascua; y terminados los ocho días de las solemnidades, se quedó en Jerusalén, de un modo humanamente inexplicable, sin hacer la más mínima indicación a su santa Madre ni al que hacía con Él las veces de Padre, San José. Nada les dijo de su plan de quedarse en el Templo, ni de los días de su ausencia, ni de los fines por los cuales se quedaba.

De vuelta a Nazaret, al final de la primera jornada se dieron cuenta María y José de que el Niño Jesús no formaba parte de la caravana, pues no iba en el grupo de los varones ni en el de las mujeres.

Se les había perdido. Y se pusieron a buscarlo con inmensa pena y en medio de la más dolorosa y angustiosa incertidumbre. Por esta misma incertidumbre, al hallarlo, por fin, después de tres días, en el Templo, sentado en medio de los doctores de la Ley, le hizo su Madre la pregunta que nos ha conservado el Evangelio; pregunta de maternal confianza; pregunta para saber lo que ni sabían ni acertaban a vislumbrar ni Ella ni San José.

A los sentimientos de amargura y de aflicción, que

tan sólo pudiera decírnoslos el Corazón de una madre, y Madre del que siendo su Hijo, era su Dios, sucedieron los sentimientos de viva sorpresa y de íntima alegría, al encontrarse de pronto con Jesús, y en aquella situación tan inesperada.

Y como María, no por ser tan Santa, dejaba de tener todos los sentimientos de una madre, debió llevarle un movimiento espontáneo a abrazarse con su Hijo Divino, mientras brotaban de su Corazón aquellas palabras, que eran juntamente una razonable pregunta y una amorosa queja.

Y con su pregunta y su queja nos abrió María el secreto de la sabiduría y de la santidad de Jesús, que tan dilatados horizontes había de ofrecer a la abnegación y al desasimiento de las almas generosas; pues el Divino Niño, que sabía muy bien cuánto había de sufrir por su misteriosa ausencia el Corazón amantísimo de su Madre, a la que Él amaba y respetaba como ningún hijo, sin embargo, todo lo pospuso y todo lo sacrificó al cumplimiento de la voluntad del Padre Celestial, y al ejercicio de su ministerio de Maestro y de Modelo de todos los hombres.

Y así, con su primera respuesta: «¿Por qué me buscáis?», respuesta sorprendente y desconcertante a primera vista, pues había sido naturalísimo que fuesen en su busca; y, sobre todo, con la subsiguiente

6.^a—«No tienen vino» (In., 2, 3).

En el banquete de boda de Caná de Galilea, al que Jesús, en los principios de su vida pública, fue invitado con sus discípulos, y en el que ya estaba María, la Madre de Jesús, llegó a faltar vino en los momentos más animados del convite; hacía su final.

Lo observó María con su mirada virginal y su perspicacia de Madre; y al observarlo, se dio cuenta de la situación apurada de los jóvenes esposos, con la consiguiente contrariedad para ellos y para todos los comensales; y ya que por sí misma no podía solucionar el conflicto, acudió confiadamente a Jesús.

«No tienen vino», le dice por lo bajo y con suavísimo acento; y se lo dice, no para que Él lo sepa, pues le consta a María que su Hijo, no tan sólo en cuanto Dios, por su omnisciencia, sino también en cuanto Hombre, por su visión inteligentísima de todas las cosas, se había dado perfecta cuenta de lo que ocurría

respuesta: «¿No sabíais que yo debo estar en la Casa, o en las cosas, de mi Padre?, nos reveló Jesús un como compendio de su Evangelio; pues con esta su frase, la primera que la Sagrada Biblia nos cita del Salvador, frase grandiosa, llena de majestad, repentina llamada de luz sobre su vocación Mesiánica, en medio de las sombras y del silencio de su vida oculta, abrió de par en par su Sagrado Corazón a los ojos de nuestra fe, y nos descubrió sus altísimos sentimientos de aprecio y de amor para con su Padre Celestial, y nos hizo ver que en aquel su Corazón estaba Dios y sólo Dios; y que en él dominaba, con absoluta soberanía, única y exclusivamente, la voluntad divina; ante la cual callaba y era pospuesto todo lo demás, aún los sentimientos más naturales y santos.

Cierto que el Verbo humanado practicaba la más humilde y perfecta obediencia de hijo para con María y José; pero juntamente mostraba la soberana independencia de quien era Dios.

Dichosa pregunta de María; dichoso Evangelio suyo, que dio pie para que Jesús nos manifestase el centro y la médula de su Evangelio! Más tarde había de decírnos: «He bajado del Cielo, no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió» (In., 6, 38); y también: «Yo hago siempre lo que le agrada a mi Padre» (In., 8, 29).

en el convite; sino que se lo dice como delicada insinuación de su maternal deseo de que fuese remediado aquel notable apuro; y aún como velada petición de que el mismo Jesús lo remedie, aún apelando a su poder de hacer milagros.

«No tienen vino»; modelo de oración discreta y confiada; y en que muestra la bondad de su Corazón.

«No tienen vino». En estas encantadoras palabras de la Virgen han visto los Teólogos de la Mariología y los Maestros de la vida espiritual, un hermoso y feliz anticipo del modo con que María hace su oficio de Abogada, de Mediadora y de Intercesora ante su Divino Hijo, en la gloria del Cielo. Le manifiesta María lo que «no tenemos sus hijos», y lo que Ella desea tengamos; le representa nuestras necesidades, deseos y peticiones; e intercede por nosotros. Y así lo consigue todo, en bien nuestro.

7.^a—«Todo cuanto El os diga, hacedlo» (In., 2, 5).

Así habló María a los sirvientes del banquete de boda de Caná; y se lo dijo resueltamente, a pesar de que las palabras con que Jesús se había referido a su maternal insinuación, podían dar a entender que se

desentendía de aquel asunto, por no haber llegado su hora, la hora de manifestarse al mundo con sus milagros.

Era una aparente repulsa, aunque cariñosa; pero

María, que conocía como nadie el Corazón de su Hijo, debió ver en su mirada y en la expresión de su rostro «un algo» que le hizo ver claramente lo que no había dicho Jesús con sus palabras, y aun en contra de ellas. Penetra la Madre en el Corazón del Hijo; allí lo entiende todo; y asegura de que Jesús ha accedido a su velada y modestísima demanda, a pesar de las apariencias contrarias; y que ha accedido, por el ruego delicado y confiadísimo de Ella, se dirige a los sirvientes, y les dice: «Todo cuanto El os diga, hacedlo».

Y los sirvientes lo hicieron; y Jesús obró el milagro, su primer milagro: la conversión del agua, unos seiscientos litros de agua, en exquisito vino.

María ha ejercido el oficio de Mediadora entre Jesús y los sirvientes, los esposos y los comensales; y ha adelantado la hora de Dios; no porque Dios cambie sus determinaciones; sino porque previendo eternamente la intercesión de María, determinó ha-

cer **antes**, lo que sin Ella no hubiera hecho, o lo hubiera hecho **después**.

Con esta última palabra termina el Evangelio de María; y es mucho de advertir, como muchos lo han advertido, y entre ellos el Papa San Pío X, que al dirigirse María a los sirvientes de aquel banquete de boda, se dirigió a todos nosotros; nos habló entonces a todos sus hijos; y es la única de sus palabras que nos dirigió a todos los hombres.

En ella nos hizo su encargo supremo: a saber, que en toda nuestra vida hagamos siempre lo que Jesús nos diga. Con esto nos lo dice todo; y ya no tiene nada más que decirnos; pues en hacer nosotros, por la gracia de Jesús, obtenida por la intercesión de María, cuanto Jesús nos diga, bien sea por Sí mismo, o bien por sus representantes, está todo nuestro bien.

Así, la última palabra de María, la dirigida a nosotros, es el Evangelio del Evangelio; es el Mensaje de María, que no es otro sino que recibamos el Evangelio de Cristo, y vivamos conforme a él.



¿HA MUERTO MARÍA?

CARLOS CALLEJO

Parece obligado, en esta época en que la naturaleza se adorne con sus más bellas galas, hablar del más hermoso símbolo que el hombre se ha podido dar, de María Santísima, de la siempre Virgen, de la siempre Inmaculada y al mismo tiempo, de la siempre Madre amorosa y compasiva en los relatos evangélicos, en las frases de miles de sus santos panegiristas y en las palabras de su apariciones.

Vivimos sin embargo en una época de aparente retroceso en el fervor mariano de las gentes. Un retroceso que parece anonadamiento. Simultáneo al tema robinsoniano de la «muerte de Dios», podría decirse que se ha presentado el tema de la ¿muerte de María? Apenas se habla ya en prédicas y escritos donde antes resonaban incesantes himnos a su figura. Se han retirado de los templos muchas imágenes suyas. En algunos estamentos parece incluso estar prohibido pronunciar su nombre. La mejor corona piadosa en su honor, el Rosario, entrañable ejercicio de piedad familiar y comunitario se ve olvidado, cuando no combatido con espaciosos distingos y sospechosas teorías. Estas mismas teorías se leen con frecuencia en artículos y parlamentos donde solapadamente se minoriza y se discute tanto la persona de la Virgen como sus prerrogativas y su devoción. La propia frase «devoción a la Virgen» parece que suena mal y a concepto «superado» y caduco en ambientes que se dicen religiosos.

Si salimos al mundo, el panorama antimariano adquiere caracteres más sombríos. Son muchos los síntomas. Incluso en países donde la espiritualidad era grande y el marianismo infundía toda la vida cristiana con sus aromáticos efluvios, se nota la ausencia, la «muerte» de María. Porque María es o era la Pureza, y hoy esta palabra no se mienta más que para ridiculizarla o anatematizarla como un ideal «superado», esto es, difunto. Esa inundación de lo que llamamos eufémicamente **erotismo** para no aplicarle otros nombres más claros y exactos que está arollando al mundo. La proliferación, ya apestosa, de revistas, películas y toda clase de espectáculos obscenos. La pérdida o más bien la abolición del pudor femenino, el precoz encanallamiento de la juventud y aún de la infancia, son incompatibles de todo punto con la presencia mariana en nuestras costumbres. Esas niñas que vemos

por los rincones de las calles fumando o abrazándose con chicos de otro sexo a los doce o trece años y a veces antes, es decir en edades en que esa adolescencia y niñez estaban precisamente consagrados a la Madre del Amor Hermoso. Esos ríos de literatura y fotografía corrompidos; esa divinización del sexo como única razón de vida; esa prematura perversión de inocencias que muchas veces se da bajo el burdo pretexto de «educación sexual a destiempo, sin delicadeza y sin gracia. Esas banderas blancas y doradas enarboladas en otro tiempo por las Hijas o los Hijos de María y hoy apolilladas por los rincones, todo ello está proclamando con triste elocuencia que el ideal mariano está en crisis o grave trance de desaparición.

¿Será siempre así? Será verdad que para vergüenza y perdición de la triste Humanidad, ha muerto la que siempre fue su abogada y Madre? Afortunadamente no es verdad aunque lo parezca. Todavía se agolpan los peregrinos en sus santuarios. Todavía se disputa sitio en sus romerías, se escuchan cánticos en sus procesiones y se derraman lágrimas ante sus imágenes. Se nota una reacción en el ánimo popular que comienza a hartarse de carroña sexualística y de amor animal. El pueblo busca un asidero para su caída y un contenido para su vacío espiritual en la Virgen Madre. Ha sido sintomática la reacción que últimamente se ha notado en ciertos santuarios de toda población o comarca donde exista una imagen mariana. Creemos que superada esta etapa delicuescente de toda espiritualidad sobrevendrá otra donde el hombre, de regreso del cieno y de la nada, se prostrará nuevamente ante la Flor de las Vírgenes.

María no ha muerto, ni puede morir, ni morirá. Deben saberlo los que por cicatería espiritual o bien por debilidad de los sentidos o por sumisión a la moda se han apartado de Ella. Ni la muerte de Dios, ni la falsificación de la figura de Cristo ni el enterramiento de la imagen de María van a seguir adelante. Son los fieles, es el pueblo cristiano, son las almas sin amparo las que reclaman, cada día con más fuertes voces, la presencia en nuestro Valle de Lágrimas de la que un remoto obispo español, el autor de la Salve, llamó Vida, Dulzura y Esperanza nuestra.

LOS MARTIRES DEL SUDESTE ASIATICO

J. J. E-S.

La expansión de la fe cristiana por el Asia Central comenzó en los primeros siglos, teñida por las herejías maniquea y nestoriana, y se transmitió hasta el extremo oriente a través de la llamada ruta de la seda que pasaba del imperio bizantino al persa, de allí a la India, y desde ésta hasta la China. Dicha ruta era recorrida por numerosas caravanas entre las que formaban andariegos clérigos católicos que misionaban el camino y fundaban cristiandades en los más alejados lugares. Con el derrumbamiento del imperio de los mongoles, a la muerte de Gengis Kan y la islamización del Asia Occidental comenzó la ruina de las misiones católicas en Asia central y oriental. El Islam se alzó como una barrera impenetrable que impidió el contacto de aquellas cristiandades con el occidente, hasta que la epopeya portuguesa abrió en el siglo XV una nueva ruta marítima.

Con el descubrimiento de esta nueva ruta comienza la gran época de las misiones, y se reanuda vigorosamente la evangelización del Asia Oriental, ahora no ya por misiones aisladas, sino como un movimiento organizado y continuado por el empeño de las grandes órdenes dominicana, agustina, y jesuita. La sangre de los primeros mártires dio vigor a la sobrenatural empresa y le hizo florecer y dar frutos espléndidos.

España fue la principal protagonista de esta grandiosa expansión misional del siglo XVI en fraterna porfía con Portugal. Mientras la diplomacia de ambos reinos sometía los límites de demarcación a Alejandro VI, los portugueses, bajo patrocinio real, institufan obispados en Malaca, Macao y Japón, mientras los españoles hacían lo propio en Manila.

Filipinas, la perla cristiana puesta en la corona de Dios por los hijos de la católica España, principalmente bajo impulso de la orden dominicana, que estableció allí su provincia del Santísimo Rosario, fue el punto de partida para la evangelización del Asia, y en especial de Indochina.

El martirio de los misioneros y de los cristianos convertidos comenzó tan pronto como la evangelización daba sus primeros frutos, pero para no dar mayor extensión a este trabajo, se limitará a una sucinta ex-

posición de algunos de los ocurridos en los siglos XVIII y XIX, ciñéndome casi exclusivamente a los mártires beatificados de la orden dominicana y de las misiones extranjeras francesas.

★ ★ ★

El **Beato Francisco Gil de Federich**, tortosino que a los 15 años vestía el hábito blanco en el convento de Santa Catalina de Barcelona, donde sintió la llamada de Dios para marchar al Oriente. Se embarcó para Manila y desde allí pasó al Tonkín, donde por la continua y sangrienta persecución contra los cristianos, se le encomendaron cuarenta cristiandades dispersas. Sufrió mil penalidades en los 3 años en que atendió a sus fieles cristianos, siempre huyendo y ocultándose, hasta que por fin fue detenido, durando su cautiverio 7 largos años. Convirtió la cárcel en escuela de la fe, ya que gracias a la audacia y valor de los cristianos, confesaba, celebraba y bautizaba a los fieles que continuamente le visitaban. Llevado al tribunal del rey, fue condenado a degüello por predicar la religión de Jesús. Estaba en la cárcel esperando la ejecución cuando llegó cargado de cadenas y con el cepo al cuello su compañero de viaje desde España, el Beato Mateo Alonso de Leciniana.

★ ★ ★

† **Beato Mateo Alonso de Leciniana**

Había logrado burlar a sus perseguidores durante 12 años pero al fin fue delatado y los esbirros del mandarín le apresaron. Fue salvajemente golpeado y uno de los soldados le hincó una lanza en la cabeza. Creyéndolo muerto lo llevaron a la cárcel, para simular que había muerto allí. Una noche se le acercó al padre un centinela y le dijo:

—“Padre, yo soy cristiano, si queréis huir, rompo el cepo, te desato, y venga sobre mí lo que Dios quiera”.

Agradeció el padre tan valiente ofrecimiento pero no lo aceptó porque el buen cristiano no tuviera que sufrir.

Condenado también a muerte fue conducido junto al Padre Gil de Federich. La noche antes de la ejecución quisieron celebrarla con alegría llamando a la cárcel a muchos cristianos con los que rezaron el rosario y cantaron canciones a la Virgen. Les mandaron luego que se sentaran a su alrededor dándoles una tierna plática, encargándoles que se amasen mucho, que se mantuvieran firmes en la fe, que pusieran toda su confianza en Jesús y que estuviesen siempre dispuestos a despreciar esta vida terrena por la eterna.

A las tres de la mañana se confesaron el Padre Gil y el Padre Leciniana y ambos celebraron la Santa Misa. Al amanecer vistieron el hábito de Santo Domingo. Fueron llevados al lugar del suplicio, en medio de gran multitud, muchos de ellos cristianos. Los dos santos mandaron a los cristianos presentes que rezaran en voz alta el Credo y no habían acabado de recitarlo cuando cayeron segadas las cabezas de los dos santos confesores de Cristo. Eran como las cuatro de la tarde del día 22 de enero de 1745.

★ ★ ★

El Beato Jacinto Castañeda

Tenía 17 años cuando se leyó en el comedor del noviciado una carta del Padre Provincial de la provincia del Santísimo Rosario por la que pedía misioneros voluntarios para evangelizar el Oriente, se levantó inmediatamente y se apuntó. En el viaje enfermó tanto que se temía por su vida. Sus compañeros pensaron en dejarlo en alguna escala para que volviese a España. Pero el santo acudió a Nuestra Señora con estas palabras:

“Señora, si estuviera en mi casa, mi madre me curaría. Por amor de Vuestro Hijo y de Vos he dejado a mi madre y os he tomado a Vos en su lugar. ¿No me curaréis Vos, que si queréis lo podéis?”

Al día siguiente estaba sano, tomó la pluma y escribió a su madre de la tierra: *“Aunque dejo a Vd. encuentro a otra madre que es María Santísima, que me consuela mucho y ya he experimentado sus misericordias. Voy a Indias sólomente por Dios, así que vengán trabajos, persecuciones, tempestades en el mar y peligros de mi vida. Nada altera mi propósito; porque como voy por Dios, El mismo cuidará de mí, todo lo que me suceda lo recibiré con gusto, hasta la misma muerte violenta, si fuera del agrado de su Divina Majestad. Ojalá fuera yo digno de lograr la corona del martirio”*.

Tenía 22 años cuando desembarcó en China en plena persecución. Al poco fue apresado y tras innumerables padecimientos, quizás por su edad, sólo fue condenado a la expulsión. Llegado a Manila pidió

marchar esta vez al Tonkin donde le confiaron el cuidado de sesenta iglesias y 14.000 cristianos. Allí pasó más de tres años en continua persecución hasta que denunciado fue apresado. Estando en la cárcel llegó en una jaula el Padre Vicente Liem de Paz.

★ ★ ★

El Beato Vicente Liem de Paz había nacido en el Tunkin de familia noble muy cristiana. Su madre Mónica Thieu había ganado para Jesucristo a su marido el día de su casamiento. Vicente, a los 14 años había presenciado el martirio de los santos Francisco Gil y Alonso Leciniana y a la vista de su suplicio tomó la decisión de imitarles en su propósito de dar la vida por Cristo.

Llevaba 14 años de vida apostólica cuando fue detenido y encerrado en cárcel donde gemía el Padre Castañeda. Mucho se alegraron los dos santos de verse presos juntos por la fe de Cristo. Fueron llevados por el mandarín a Hanoi, capital del reino, para que los juzgase el rey. Iban en jaulas pintadas de rojo con sendos carteles: «Maestro de la religión cristiana».

El rey Khanh Hung preguntó a Castañeda:

“¿A qué has venido a este reino?”

—“A enseñar la ley del verdadero Dios a fin de que cumpliéndola vayan los hombres a la eterna gloria”.

Quiso el rey que hiciese alguna ceremonia y rezase alguna oración. El Padre tomó un crucifijo, lo besó y rezó el acto de contrición, el credo y el padrenuestro en tunkino para que todos lo entendieran. Luego tomó una imagen de la Virgen del Rosario y rezó el Ave María y la Salve. El rey ponía cara de parecerle bien, pero los bonzos le instigaban a que le condenara a muerte.

Llamó después al Padre Vicente Liem y le dijo:

“El padre europeo ignora la prohibición de la ley, de predicar la religión de Jesús en este reino, pero tú que eres tunkino, ¿por qué lo haces?”

—Liem contestó: “Soy cristiano desde mi infancia y predico la religión de Jesús porque es la verdadera para que nosotros podamos ir al cielo”.

El rey al oírlo se molestó y condenó al Padre Castañeda a ser degollado y al Padre Liem, como tunkino a cárcel perpetua. Vicente Liem se atrevió a replicar: *“Ambo somos ministros de la religión de Jesús, por tanto ambos hemos de ser condenados o ambos absueltos”*.

Así se hizo. El 7 de noviembre de 1773 fueron conducidos al mismo lugar donde 30 años antes Vicente Liem había visto el martirio de los Beatos Gil y Leciniana. Rezaron en voz alta el acto de contrición

y el credo, encomendándose a la Santísima Virgen. De un tajo fue cortada la cabeza del Padre Vicente. Tres fueron precisos para cortar la del Padre Castañeda.

SIGLO XIX

A finales del siglo XVIII se desataron luchas civiles en el país de Anam. El príncipe legítimo fue restaurado en el trono gracias a la ayuda del obispo francés Mons. Pigneau de Behaine y en muestra de agradecimiento prometió no perseguir a los cristianos. Este rey de nombre Gia Long mantuvo su promesa y en su testamento ordenó a su sucesor que siguiese tolerando la predicación de la religión de Jesús. Pero Ming Mang, el sucesor, se miraba en la China y decidió seguir su ejemplo de separarse de Europa, renegando del testamento del difunto. Promulgó un edicto en 1825 por el que cerraba las fronteras de su reino a los «maestros europeos» y ordenaba confinar a los misioneros en la corte de Hué para que le sirvieran de traductores e intérpretes. Se presagió el comienzo de una nueva persecución, pero la presencia de testigos de la voluntad de su antecesor le hizo esperar. En enero de 1833 dictó un decreto de persecución. Todos los cristianos debían abjurar de su fe y pisotear el crucifijo si querían salvar la vida. Las iglesias debían ser arrasadas. Los misioneros extranjeros debían ser conducidos a Hué y los sacerdotes indígenas ser encarcelados en las capitales de provincia. El terror, las matanzas y persecuciones ensangrentaron al país. 300 iglesias fueron destruidas, pero no se produjeron más que contadas apostasías.

★ ★ ★

Gagelin y Duffresse

Padres franceses por compasión con sus cristianos se entregaron en Agosto. Inmediatamente fueron condenados a muerte. El pretexto para su condena lo conocieron en el momento del suplicio el 17 de octubre de 1833 cuando con el cuello en el cepo pudieron leer el cartel que llevaba el soldado que encabezaba el cortejo: «Culpable de haber predicado y extendido la religión de Jesús en varias provincias del reino».

En aquellos días estalló la guerra entre el Anam y el Siam, donde se habían refugiado algunos misioneros perseguidos. Miang Mang acusó a los cristianos de haber aconsejado al rey del Siam a que le declarase la guerra y de haber fomentado la rebelión. Era una calumnia, pues a requerimientos del rey vecino de que los cristianos se sumasen a su causa, los misioneros habían respondido que la cruel perse-

cución no libraba a los cristianos de su deber de lealtad.

★ ★ ★

El Padre Marchand

Acusado de haber tomado parte en la sedición fue detenido y condenado a la más terrible muerte; el despedazamiento por tenazas candentes. Antes del suplicio el rey le interrogó una vez más, acusándole de todas las clásicas calumnias: recurrir a la magia y a los maleficios, fabricar pocimas milagrosas con ojos de niños, seducir a las doncellas, ¡qué se yo! Marchand refutaba cada acusación con precisión y paciencia. Todo era inútil, si no abjuraba de su fe y pisaba la cruz su suerte estaba echada.

Comenzó el martirio en su forma más cruel llamada de «los cien tormentos», anunciado por cinco cañonazos. Los verdugos le ataron a una cruz y la clavaron en el centro de la plaza pública. Empezaron arrancándole la piel de los párpados, desgarrándole luego los ojos. Con tenazas al rojo le arrancaban las carnes de los brazos y los pies, siguiendo luego con el pecho. El padre Marchand levantó los ojos al cielo y cayó. No fue preciso seguir hasta la centésima tortura, había expirado el mártir. Era el año 1835. Cinco años después Gregorio XVI declaró Venerable a este testigo ejemplar de Cristo.

★ ★ ★

El Padre Cornay

El 20 de septiembre de 1837 era decapitado. Dos meses más tarde le seguía un catequista anamita. Al año siguiente un sacerdote tonquinés y dos neófitos les acompañaban al cielo a través del martirio. En los anales de la misión consta un sólo caso de apostasía, la de un viejo que más tarde hizo gran penitencia pública para reparar su pecado.

★ ★ ★

El Padre Jaccard

El 21 de octubre de 1838 tras ocho años de cautiverio en la cárcel de Hué fue degollado. Un sacerdote anamita mezclado entre la multitud que le rodeaba le había dado la absolución.

★ ★ ★

El Padre **Dumoulin-Borie** fue descubierto en una gruta de arena a la orilla del mar donde se escondía desde hacía meses. Estaba en la cárcel cuando le llegó el nombramiento de Vicario Apostólico de Tonkin. Fue martirizado el 24 de noviembre de 1838 junto a

dos sacerdotes anamitas. Fueron precisos siete golpes para cortarle la cabeza.

Estos son los mártires elevados a los altares entre los innumerables misioneros franceses en Vietnam del Norte.



El **Beato Obispo de Tonkin Ignacio Delgado** fue ordenado sacerdote dominico en Manila a los 24 años, partiendo inmediatamente para el norte de Vietnam. Empezó su ministerio en una persecución y lo acabó en otra. Su actividad misionera fue magnífica durante el período de tolerancia bajo el reinado de Gia-Long. Pío VI le nombró Obispo de Tonkin en 1794, visitando todas las cristiandades que aumentaban rápidamente pues los gentiles pedían a millares el bautismo. Este bizarro dominico aragonés llevaba 36 años de vida apostólica en el país cuando en la persecución de Ming-Mang fue detenido. El pueblo donde fue descubierto fue arrasado por albergar al Obispo. Fue condenado a muerte e introducido en una jaula en la que sólo podía estar arrodillado. El Santo rezaba por su pueblo. Por espacio de 43 días la jaula estuvo colgada en la puerta de la ciudad, sufriendo el anciano Obispo hambre, sed y un sol abrasador, así como las burlas y los escarnios de los enemigos de los cristianos. El mártir falleció de hambre en la madrugada del 21 de julio de 1838, mas no queriendo el mandarín privar al pueblo del espectáculo de la ejecución, sacó su cadáver de la jaula y públicamente lo degolló. Su cabeza estuvo expuesta por tres días en lo alto de un palo en la puerta de la ciudad para escarmiento de los cristianos.



El **Beato Obispo Domingo Henares** era profesor de la Universidad de Manila, pero pidió marchar a las misiones de Tonkin que padecían persecución. Llegó a sus playas en compañía del Beato Delgado en 1790. Pío VII le nombraba Obispo diez años después. El Beato Hermosilla que había de ser martirizado 23 años más tarde, escribe a la Sagrada Congregación las virtudes del santo Obispo Henares:

“Una extremada pureza de vida, una singular piedad, un celo incansable por la salvación de las almas y una sed ardiente del martirio, un verdadero hijo de Santo Domingo”.

Escribía a un hermano suyo en Granada y le encargaba que una sobrinita en cuanto pudiera hablar rezase la oración siguiente:

Dulcísimo Jesús mío, padre de mi alma y de mi corazón, por vuestra Sagrada Pasión y por los méritos

e intercesión de la Virgen María, vuestra Santísima Madre, os suplico miréis con ojos de piedad y libréis de todo mal al Obispo Fray Domingo, mi tío; concededle vuestro divino amor para que os ame mucho y se emplee debidamente en las obras de vuestro divino servicio, y, si ha de ser para la mayor gloria vuestra, concededle la gracia de derramar su sangre y dar su vida por vuestro santo amor, en testimonio de vuestra santa fe. Amén”.

Llegada la hora del martirio se le acercaron unos soldados, confesándole arrepentidos, que habían tenido la debilidad de pasar por encima de la cruz, y él los absolvió y exhortó a la perseverancia. Junto al santo Obispo mártir caminaban al suplicio el catequista **Beato Francisco Chicú** con cinco soldados cristianos que habían confesado valerosamente su fe. Al llegar a la puerta de la ciudad, el mandarín, que iba montado en un elefante, hizo tocar la bocina y proclama en alta voz: *“Oid vosotros los que estáis al Oriente, y al Poniente, y al Septentrión y al Mediodía, oid y sabed que este hombre europeo ha venido a nosotros a enseñar la falsa religión de Jesús, por lo cual manda el rey que se le corte la cabeza. Ninguno, pues, siga su religión, para que no muera con él”.*

Dicho ésto fue degollado. Su ropa, sus cabellos y la tierra ensangrentada, fueron arrebatadas en un instante por los cristianos circundantes. Era el 25 de junio de 1838.



No había transcurrido un mes cuando sufrió el martirio el **Beato José Fernández**, dominico de la tierra de Santa Teresa, anciano de 63 años que llevaba más de 30 misionando aquellas cristiandades.

Durante aquel glorioso verano de 1838 sufrieron martirio los **beatos Vicente Yen, Domingo Han, Pedro Tu, José Khanh y José Huyen**. Los tres primeros sacerdotes dominicos, y los dos últimos terciarios de la Orden. Todos ellos están en la gloria de los altares.

El año siguiente de 1839 no fue menos generoso en la sangre de los mártires. Dieron su vida por Cristo entre una legión de testigos de su fe los dominicos **Domingo Xuyen, Domingo Tuoc, Tomás Du, Francisco Javier Man, Domingo Uy, Tomás De, Agustín Moi y Esteban Winh**, beatificados también todos ellos.

En 1840 ofrecieron a Cristo su sangre los **beatos José Hien, Domingo Trach y Tomás Toan**. En aquellos años el tirano Ming Mang comenzó a preocuparse por las andanzas de expediciones extranjeras que intervenían en China en la guerra del opio, y remitió algo la persecución.

A la muerte de este sangriento perseguidor de los

crístianos, le sucedió Thieu-Tri quien en 1848 promulgó nuevos edictos de persecución. Murió al poco tiempo y el nuevo rey Tu-Doc, con el pretexto de que los cristianos habían conspirado en favor de su hermano, desató de nuevo la persecución. Entre los mártires de ese tiempo la Iglesia ha beatificado al misionero terciario dominico **Agustín Schoeffler** joven de 29 años nacido en Lorena, degollado el primero de mayo de 1851. Pocos días después le seguía su compañero de las Misiones extranjeras francesas el **P. Bonnard**.

Los decretos contra los cristianos se sucedían. El de 21 de marzo de 1851 decía: *''Los misioneros extranjeros deben ser lanzados a los abismos del mar o de los ríos, por la gloria de la verdadera religión. Los sacerdotes anamitas, pisen o no la cruz, serán cortados por la mitad, para que todos conozcan la severidad de la ley''*. El de 1855 concedía el plazo de un mes a los **dos** y al pueblo.

Con ocasión de una revuelta de la que, como siempre, se acusó a los cristianos, se desencadenaron nuevos rigores en 1857. Los misioneros eran perseguidos de norte a sur como animales salvajes. En pequeños grupos, acompañados por seminaristas y sacerdotes indígenas, marchaban errantes de refugio en refugio. Quedarse más de un día en un mismo escondite resultaba demasiado peligroso.

En esta persecución fueron martirizados el Venerable Obispo **José María Díaz Sanjurjo** y el **Beato Obispo Melchor García Sampedro**, junto al misionero francés **P. Nerón**.

En 1861, y en unas circunstancias que se narran en otro artículo de este número alcanzaron la palma del martirio los Obispos españoles **Beatos Jerónimo Hermosilla** y **Valentín Berrio Ochoa**, junto al también dominico catalán **Beato Pedro Almató**, el **Beato José Kang** y el misionero francés **Padre Teofanes Venard**.



La magnitud de las persecuciones despertó reacción en Europa y al año siguiente de 1862 una expedición franco española exigió un tratado de libertad de cultos que no se cumplió. Nueva expedición y nuevo tratado en 1874.

El fruto de estas expediciones consecuencia de su planteamiento no fue el logro de la paz religiosa, sino

aumentar las razones para un total exterminio de los cristianos. Así en 1885 se desató en Cochinchina, actual Vietnam del Sur, la más atroz masacre contra los católicos. Un aventurero se había apoderado del gobierno del país, destronando al hijo de Tu-Doc, y azuzó al pueblo a la captura y exterminio de los cristianos, que huían de pueblo en pueblo recibiendo en masa la absolución. Fueron martirizados 8 misioneros franceses, siete sacerdotes anamitas, sesenta catequistas, 270 religiosos indígenas, entre un total de 24.000 cristianos víctimas del odio contra su fe.

Unos fueron enterrados vivos, otros quemados, otros arrojados a los ríos o al mar. El cuerpo del Padre **Iribarne** fue despedazado y triturado totalmente, al igual que el catequista que le acompañaba. El padre **Garín**, sometido al suplicio de las cien torturas, murió al cabo de tres días de tormentos, con todo su cuerpo en carne viva.

En la Cochinchina septentrional fueron víctimas de esta persecución diez sacerdotes indígenas y más de diez mil cristianos. Los supervivientes huían, totalmente dispersados. El panorama no podía ser más desolador, mas aquella tierra que había sido regada con la sangre de tantos mártires en pocos años dio nuevos frutos de fe y santidad. En 1933 de nuevo el número de bautizados superaba el millón y medio de vietnamitas con más de mil doscientos sacerdotes indígenas y 380 misioneros, número que desde esa fecha no ha dejado de aumentar continuamente hasta la llegada del comunismo en 1954 al Norte y en este año de 1975 al Sur.

Algún día se escribirá la historia de esta nueva persecución del siglo XX, que leerán emocionados nuestros hijos, como nosotros leemos las del pasado siglo con el corazón oprimido por la emoción y el gozo. Emoción ante la fe y los frutos de la gracia en unos hombres como nosotros, que dieron su vida voluntariamente por Cristo y su iglesia, y alegría que sentimos todos, los cristianos del cielo y los de la tierra, ante la gloria de los santos mártires de Cristo, que vio San Juan: **«VÍ tronos, y sentáronse en ellos, y les fue dado el poder de juzgar, y ví las almas de los que habían sido degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y cuantos no habían adorado a la bestia ni a su imagen y no habían recibido la marca sobre su frente y sobre su mano; y vivieron y reinaron con Cristo mil años»**. (Apocalipsis, 20,4).

Valentin de Berrio-Ochoa

JOSE M.ª FERNANDEZ DOMINGO

La actualidad internacional nos habla de la nueva persecución de los católicos en Vietnam. Leemos como los catecúmenos montañeses se quisieron bautizar ante la inminente llegada de los comunistas que se lo impedirían, cómo los obispos no han querido abandonar sus

diócesis y si no encuentran el martirio encontrarán la **confesión** en un campo de reeducación comunista. Esta historia de la persecución contra la fe cristiana en el Vietnam hace muchos años que empezó, nos la podría contar un paisano nuestro: Valentín de Berrio-Ochoa.

HACIA EL SACRIFICIO

Nació en el vizcaíno pueblo de Elorrio el día 14 de febrero de 1827. Su padre era carpintero y la familia muy católica y muy humilde. De chico vivió la primera guerra civil y al decir de sus condiscípulos su familia fue carlista (1).

La vocación de misionero dominico y vietnamita la recibió siendo monaguillo en el convento de Santa Ana, que las Madres Dominicas tenían en el pueblo. El P. Mendoza le leía la historia de la persecución que padecían los vietnamitas entre los años 1838-1840, bajo el rey Minh-mang. Entonces alcanzaron la palma

del martirio los Beatos Padres Ignacio Delgado y Domingo Henares.

En el año 1845 entra Valentín en el seminario de Logroño. En 1851 es ordenado sacerdote en Calahorra. Pasados dos años entra en el convento de Ocaña de la Orden de Santo Domingo. Su vocación es el Vietnam.

En la despedida de su pueblo, entre farolada, broma y profecía, dice: me voy a hacer Santo para que Vizcaya tenga el primero». Volvió con la palma del martirio entre las manos.

RUMBO AL VIETNAM

A fines del año 1857 ya está embarcado rumbo a Filipinas.

Aquel año no iban bien las cosas para los católicos vietnamitas. Han recibido noticias de que el Vicario Apostólico, el P. José Sanjurjo, ha sido decapitado, varios sacerdotes apresados y algunos jóvenes enviados a un destierro que abreviará sus vidas. Las iglesias y los colegios cerrados o sin asistencia, los misioneros dispersados.

De Filipinas se han trasladado a Macao como puerta de su querido Tonkin. Aquí ha visto los primeros templos budistas y escribe: «Están habitados por unos hombres a quienes con toda propiedad se les puede aplicar «vos ex patre diabolo estis», unos hombres que por profesión sacrifican su vida en el retiro y en las austeridades del cuerpo al que les convida con la muerte y muerte eterna» (2).

Espera el momento de entrar ocultamente en su

misión. Al fin llega a las playas de Tonkin.

«Nuestra entrada fue el martes de Semana Santa por la noche y vimos que los caminos de Sión se habían vestido de luto y que no había quien asistiese a las solemnidades porque todas habían cesado por obra de los impíos e inhumanos gobernadores».

«Los sacerdotes sepultados en sus grutas lanzaban sus gemidos hacia el cielo y la pequeña iglesia de Tonkin estaba oprimida de amargura» (3).

Después de una caminata entre arrozales, llegan al pueblo de Nan-man en la zona de Hai-phong, allí estaba el P. Jerónimo Hermsilla que residía en Tonkin desde 1829 y ya había pasado la primera persecución de Minh-mang. Los misioneros le llamaban familiarmente **el Viejo**. Después marcha a Kien-Lao, donde está oculto el Vicario apostólico de la misión, el Padre Melchor García Sampedro.

(1) Benito de Vizcarra. «El santuario de Urquiola», p. 68.

(2) Carta a Saturnino Basauri, 10-1-1858.

(3) Carta al P. Orge, 14-VII-1858.

MISIONERO VIETNAMITA

Todos los misioneros tenían un nombre vietnamita para mejor ocultarse a sus perseguidores. Valentín recibe el nombre de **Vinh**; el P. Hermosilla se llamaba Duc-Cha-Diem, el P. Sampedro Gian-Nuic-Xuyen. Ahora se puede considerar un misionero vietnamita; era el 15 de abril de 1858 y le esperaban 3 años de pa-

decimientos. A los pocos días ya ha de separarse de sus compañeros; cada uno a su escondite que normalmente era una pequeña cavidad en el suelo de la casa donde apenas podía entrar un hombre y casi no se podía respirar.

OBISPO VIETNAMITA

El P. Melchor García tenía su cabeza puesta a precio y su preocupación era encontrar un sucesor para su Vicariato. Tenía derecho a sucesión por privilegio de la Santa Sede, y eligió a Valentín.

Y ya lo tenemos, a los dos meses de llegar, con 34 años y sin apenas saber la lengua, hecho obispo del Vicariato más peligroso del Vietnam. «Después de la elección solo tuve tiempo para los Ejercicios que los hice como Dios me dio a entender, sin libro alguno a propósito para el efecto y sin posibilidad de hacer con él» (4).

La ceremonia había de celebrarse en el pueblo de Ninh-Cuong, y «La antevíspera de la Consagración, viendo que no había medio de procurarnos las vestiduras necesarias para la sagrada ceremonia, el señor Vicario apostólico y yo tomamos nuestras agujas y comenzamos a hacer de sañtres; y lo peor era que como

las puertas estaban cerradas quedamos privados de tener la satisfacción de ver unas obras acabadas. Por suerte al día siguiente pudimos arreglarlas y aún, con mucho trabajo, lograr unas vestiduras decentes» (4).

La mitra fue de cartón y papel dorado, el báculo una caña de bambú.

«A eso de las dos de la mañana del domingo comenzamos la ceremonia sagrada. Como no había canto, ni previsión de esa solemnidad accidental, se pudo concluir al amanecer, y por la noche del mismo día cada uno se retiró a su escondite. (4)

Pronto escapaban todos para ocultarse más; Valentín, por orden del P. Sampedro, va al Vicariato oriental que se creía más seguro, junto con el P. Hermosilla y el P. Almató, conocido allí con el nombre de Than-Binh, joven dominico catalán del pueblo de San Feliú de Saserra, cerca de Vich.

MARTIRIO DEL P. SAMPEDRO

Ni aun escondiéndose bajo tierra se encontraban seguros, pues: «El día 8 del presente (julio), nuestro Vicario apostólico, Fr. Melchor García Sampedro, fue preso por los ministros de Satanás, y al día siguiente, cargado con pesada cadena y puesto en jaula fue condenado a la pena capital». (5)

«A un escribiente suyo llamado Tiep que lo había cogido con él, le azotaron inhumanamente y le arrancaron con tenazas dos pedazos de carne, queriendo obligarle a confesar si había más europeos». (5)

El azote y la tenaza eran entonces los métodos usados por Nguyen-dinh-Tan gobernador de Nam-Dinh, capital del Vicariato, para hacer confesar a los católicos lo que muchas veces era imposible declarar.

El P. Sampedro sería el segundo obispo que caía mártir en el plazo de un año. El anterior fue el Beato José Sanjurjo (Duc-Gian-An). El escenario del martirio sería el célebre campo de Bay-Mau (Siete Yugadas) a las afueras de Nam-Dinh, capital de la provincia. Allí fue conducido el vicario con sus dos escri-

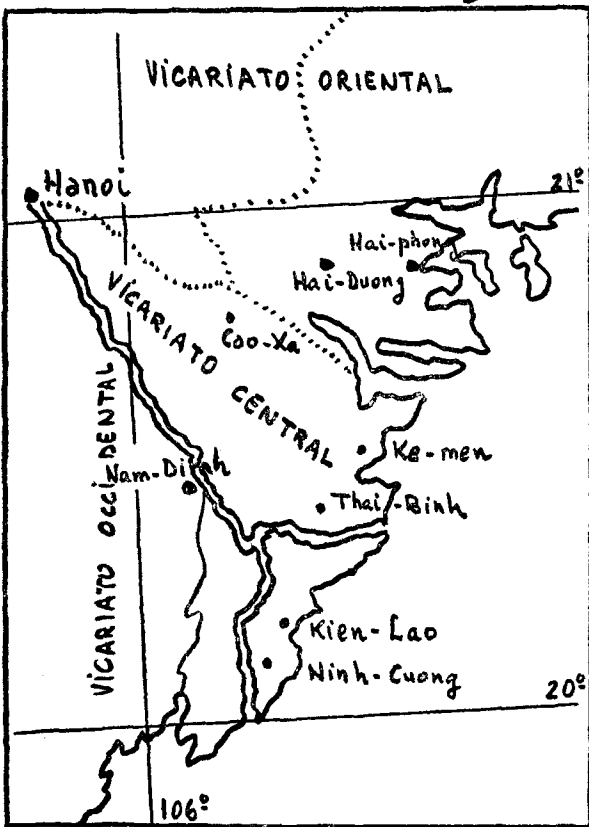
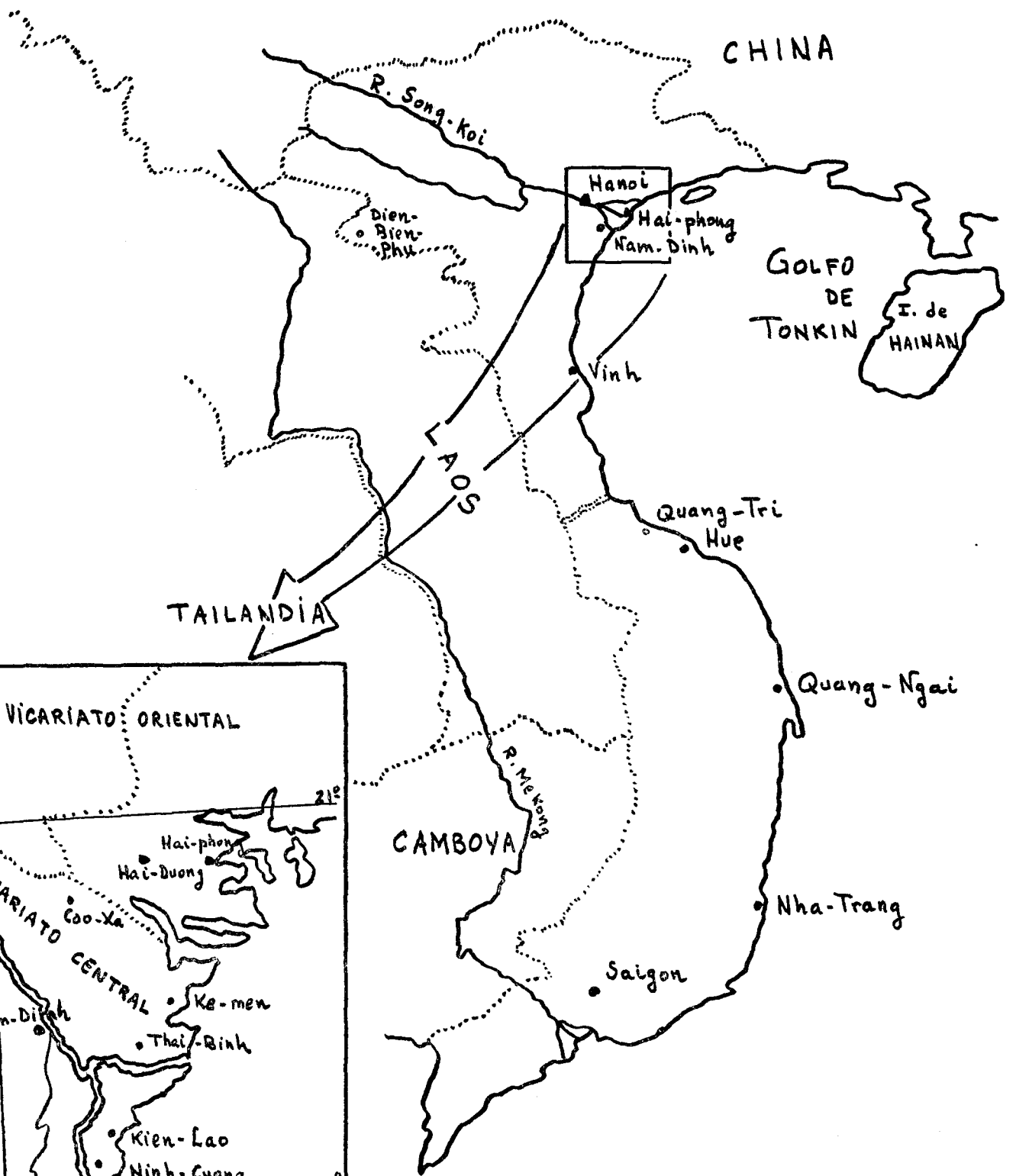
bientes, y «entonces el gran mandarín que estaba sentado sobre el elefante mandó a los verdugos ajusticiasen primero a todos los discípulos y luego a su maestro. A la señal del instrumento designado para este objeto, los jóvenes ofrecieron sus cuellos a la cuchilla de los verdugos, y éstos, con tres golpes que descargaron sobre el cuello de Tiep, y uno sobre el de Vien, separaron sus cabezas de sus cuerpos, y las tiraron en alto en prueba de que habían cumplido con su deber, los cuerpos los condujeron a presencia del venerable prelado, como si el que contempla ya las almas de sus dos hijos viviendo la vida inmortal y gloriosa, se afligiera con la presencia de sus cuerpos ensangrentados.

Luego echaron los cuerpos a un hoyo, lo rellenaron con tierra y cañas y por último dieron a un elefante la misión de alisar la tierra.

Entonces los verdugos extendieron en el suelo una estera, y sobre ella una manta, cortaron la cadena, que cual preciso collar llevaba nuestro prelado al cuello, y con un brusco empujón del bárbaro verdugo, se vio

(4) Carta al P. Orge, 14-VII-1858.

(5) Carta al P. Orge, 14-VII-1858.



VIET-NAM

tendido sobre la manta cara al cielo; los verdugos dejaron en tierra dos estacas sobre su cabeza, atándole fuertemente por sus muñecas, estirándolas hasta llegar a las estacas donde las sujetaron; con otras dos estacas bajo los pies atados hicieron lo mismo que con las manos; con otras dos estacas bajo los sobacos, comprimieron su cuerpo cuanto les fue posible; con otras dos estacas junto a los muslos quedaba completamente sujeto con las cuerdas.

Así asegurado su cuerpo, oyóse la voz del mandarín que desde el elefante decía: «Córtensele primero los pies, luego las manos, después la cabeza y, por último, ábranse sus entrañas».

Nuestro Prelado con los ojos elevados esperaba el auxilio especial que corona los méritos de los justos.

UNICO OBISPO DEL VICARIATO CENTRAL

Después de este martirio quedaba Valentín como único Obispo del Vicariato Central sin posibilidad de salir de su refugio en el Oriental y con todas sus ovejas condenadas a muerte.

La persecución no les dejaba un momento tranquilos. Al menor síntoma de alarma tenían que ocultarse con todo lo que olía a religión, pues peligraba la vida de todo el pueblo si se encontraba un misionero.

«En todos los quince meses que llevo en la misión, aún no he visto un día sereno, un día que presentando un aspecto más risueño convida a cambiar los gemidos del corazón, por cánticos de alegría, un día que no

Con los ojos de la fe veía a Jesús, y sus labios pronunciaban continuamente aquel Nombre sobre todo nombre que dulcifica todas las amarguras en que el demonio pretende destruir el reino de Dios en nuestras almas.

Descargaron los verdugos sus golpes, pero los miembros no se separaban del cuerpo porque, para mayor tormento del ilustre mártir, habían escogido unas hachas que apenas cortaban. Así que fueron necesarios doce golpes para cada una de las piernas, y unos seis para cada uno de los brazos. Eran cuatro fuentes de sangre con que se purificaba su alma. Por medio de un sable el verdugo descargó multitud de sablazos en la garganta y nuestro mártir quedó sin cabeza, sin brazos y sin piernas». (6).

tenga un mal que llorar, o alguna vejación que redimir, o algún espía de que guardarse o algún mandarín de que huir». (7)

En este ambiente aprende la lengua anamita, escribe circulares y pastorales, reza y estudia. Al señor Procurador de Macao le pide la **Summa contra gentiles**, vuelve a insistir al año siguiente pidiendo además los Opúsculos de Santo Tomás y las exposiciones sobre **Sagrada Escritura**, incluso la **Catena aurea**. (8).

La Iglesia de Vietnam va subiendo al Calvario, delante han ido los Obispos, ahora iban los sacerdotes indígenas, catequistas y seglares.

ACTAS DE LOS MARTIRES

«El día 16 de julio fue apresado el Señor D. Pedro Long, sacerdote indígena... le ajustaron una pesada carga (9) al cuello. Al día siguiente le condujeron a la capital de Nam-Dinh, y aquí los grandes mandarines, juzgando ser muy ligera la carga para pecado tan grave, como lo era para ellos el ser maestro de la religión de Cristo, añadieron la cadena para guardar más proporción entre el pecado y la pena». (10)

Pudo confesar al P. Sampedro y a cinco jóvenes de la casa de Dios. (11). Animó a mucha gente de su departamento con la esperanza de la eterna gloria.

En fin, el día 20 de septiembre llamó Dios a su ministro y éste obedeció a su llamamiento, presentando el cuello al verdugo y dando testimonio con su sangre

a la verdad del Evangelio». (12)

El día 5 de noviembre rodó la cabeza del P. Fray Miego Man mientras su alma subía a la mansión de la paz. Había sido apresado en Agosto y durante el tiempo que estuvo en prisión oyó 428 confesiones, purificando de este modo a las almas de sus hermanos para que sus padecimientos fueran más aceptos a Dios; convirtió además a nueve infieles que gemían en la prisión por sus crímenes; prometieron no doblar la rodilla ante el ídolo y fueron bautizados. Exhortó hasta el día de su muerte a todos sus compañeros y todos juntos rezaban el rosario sin que nadie les molestara.

El día 21 de septiembre, otro sacerdote indígena

(6) Carta a la Obra de la Propagación de la Fe, 1, VII, 1859.

(7) Ibid.

(8) Carta de 20-IV-1860.

(9) Especie de cepo.

(10) Carta de 1-VII-1859.

(11) Jóvenes que se educaban en casas y colegios de los misioneros.

(12) Carta a la Obra de la Propagación de la Fe, 1-VII-1859.

de la Orden de Predicadores, el P. Francisco Duyet, fue apresado por la delación de un traidor. Le llevaron a Nam-Dinh. Fue interrogado sobre sus andanzas y sobre su doctrina; entonces los mandarines ofendieron a la madre de Dios, Francisco, como hijo de Santo Domingo de Guzmán tomó la defensa de la Virgen y rebatió a sus enemigos. Esto confundió y enfureció a los mandarines que mandaron azotarle. El día 19 de noviembre en el Bay-Mau rubricó con su sangre la verdad que con pecho firme había defendido ante los hombres y aun como tardara en llegar el herrero que tenía que cortar la cadena, aprovechó los últimos momentos para predicar a los presentes las verdades de la fe.

«El día 1 de octubre otro sacerdote indígena y religioso de la Orden de Predicadores, venerable por sus canas, por la integridad de su vida, y por el apostólico celo con que había ejercido el santo ministerio, el P. Fr. Pedro Thuan, cayó en manos del adversario.

Primero fue conducido a una Toporquia (13) donde sufrió el interrogatorio siguiente:

—«Si pisas la cruz, te dejo en libertad.

—Yo no piso la cruz. Si tenéis potestad cortádmela cabeza de un tajo, mas pisar la cruz estad ciertos que no lo haré». (14).

Se pensó que no le matarían pues las leyes del reino exceptuaban de la pena capital a los ancianos como él, pero como en sentencia del Maestro se violaron todas las leyes, en la de Fr. Pedro Thuan, también, y el día 15 de diciembre un golpe de espada separó la cabeza del cuerpo.

Siete meses hacía que los principales del pueblo de Quang Cuong gemían en los calabozos de Nam-Dinh, cuando llegó el P. Sampedro, uno de ellos, anciano que pasaba de los 80 años, se arrodilló al paso de la jaula y expresó valientemente a los mandarines toda la veneración que tenía a su obispo. Quisieron hacerle pisar la cruz, pero él respondió:

—Ni yo ni ninguno de mi pueblo ha de manchar su vida con crimen tan atroz. Que vosotros me mandéis al destierro cargado de años y de achaques como estoy, no tiene razón de ser, si tenéis alguna potestad cortádmela cabeza de un tajo y estamos despachados.

Durante la prisión exhortaba a sus compañeros en Jesús y estas exhortaciones no fueron infructuosas. Había entre los confesores un hombre llamado Oung-Khoa-Son que había sido inhumanamente azotado y su tormento no acabó aquí. Una multitud de gusanos le nacieron en la carne podrida probando no poco su

paciencia. Nuestro anciano le animó a recobrar su primera alegría.

El 13 de enero fueron conducidos al Bay-Mau y allí Oung-Hhon-An, On-Cai-Te, Ong-Cai-Thieu, Ong-Do-Son, On-By-Te y otros cuatro cristianos formaron un solo coro en un solo espíritu y con el dulce nombre de Jesús en los labios dieron sus cuellos a los verdugos. Aún estaban calientes sus cuerpos cuando sus paisanos de Quang-Cuong obtuvieron estas reliquias del mandarín. El pueblo olvidando todas las vejaciones que había recibido para ocultar a misioneros europeos, salió en tropel a recibir a sus mártires y se dio por contento de todos sus padecimientos.

También de Quang-Cuong era José Trang, terciario dominico, muerto a consecuencia de los azotes por no querer pisar la cruz.

La palma del martirio también la recibió el sacerdote Domingo Cam, y el P. Fray Vicente Tri; dio muchas corridas antes de dejarse coger, pero al fin fue arrojado a las cárceles de Nam-Dinh. Desde allí escribía:

«Un año hace que mi corazón suspiraba por este día en que me viese prisionero por Jesús y me preparase a recibir de Dios esta singular gracia, y ahora solo me falta que derrame mi sangre en testimonio de la verdad» (15). Fueron decapitados y su cabeza colocada en una estaca para escarmiento.

Junto al P. Vicente Tri apresaron al catequista Pedro Vinh, al estudiante Domingo Thu y al jovencito Domingo Thuan. A los dos menores los torturaron para que confesaran que el catequista era un sacerdote, cosa que no podían hacer sin faltar a la verdad. Así después de ser azotados, el catequista seguía siendo catequista en su boca.

Luego quisieron saber donde estaban los misioneros europeos. Viendo a Domingo Thuan pequeño y de poca edad, creyeron poder triunfar de él haciéndole pasar por el hierro. Aplicaron pues unas tenazas a sus muslos, pero el niño permaneció firme como una roca. Los mandarines tuvieron que darse por vencidos del joven confesor. El día 28 de abril fue glorioso para estos tres valerosos atletas de Cristo. Salieron al lugar del suplicio precedidos por un soldado con un cartel que decía:

«El Thay Vinh es maestro de la religión; el Chu-Tu y el Van-Tuan son discípulos en la religión. Ellos iban contentos lo cual no dejó de admirar al mandarín que preguntó:

—«¿Te ríes y no temes la muerte?»

(13) Especie de Ayuntamiento.

(14) Carta a la Obra de la Propagación de la Fe, 1-VII-1859.

(15) Carta a la Obra de la Propagación de la Fe, 1-VII-1858.

—Pues que ¿crees tú que vivirás y no verás la muerte?

—Yo sí he de morir, pero no tan joven como tú, cuando sea viejo entonces moriré.

—¡Insensato! ¡Como si los tiempos y momento estuvieran en manos del hombre para poder morir cuando quiera, y como si la vejez cargada de idolatrías y de pecados quitase su amargura a la memoria de la muerte!

Cuando llegaron al lugar del suplicio les mandaron dejasen caer el vestido exterior por la espalda. Los dos primeros así lo hicieron, pero Van-Tuan no se contentó con dejarlo caer sino que lo tiró por el suelo con un garbo que asustó a los circunstantes.

Les cortaron las cabezas y después sus cuerpos fueron arrojados al horno.

Siguen cayendo los sacerdotes indígenas, Tomás Du, Pedro Mau, Gabriel Trau...

El día de la Ascensión, 2 de junio, fueron apresados los sacerdotes Domingo Cao y Pablo Khanh. Esta-

ban ocultos en el pequeño pueblo Vinh-Thuong gobernado por un católico. Para celebrar fiesta tan señalada el señor Pablo Khanh ofició misa en presencia de todos exhortando a la paciencia y sufrimientos en los trabajos que fue el camino por donde Jesucristo entró en la gloria de su Padre.

Apenas hubo consagrado notaron que el mandarín los tenía cercados. Acabó la misa y trató de huir, pero fue en vano. Lo apresaron junto a los jóvenes de Dios Chu-Duyet, Chu-Thué, Van Tuan, Trum-Hop, Nah-Can.

Junto a la larga lista de sacerdotes, catequistas y cristianos, hubo también ilustres mujeres, Ana-Tham, Ana-Da, Nhieu-Mi. Las dos primeras fueron azotadas, Bai-Nao y Ab-ou estuvieron atadas a una misma cadena.

Pueblos enteros eran devastados y saqueados en su totalidad por haber ocultado a un misionero. Así ocurrió en Quanh-Cuong, Kien-Loo, Ngoc-Dong, Trung-Linh, Coa-Xa, Tram-Xa, Thunc-Thieu.

LA EXPEDICION HISPANO-FRANCESA

La persecución arreciaba con motivo de la aparición en la costa sur de una armada hispano-francesa que iba con ánimo de establecer la libertad de religión.

Varias veces se refiere el Obispo Berrio-Ochoa a esta expedición en julio de 1859.

«Conque si la escuadra se acerca por aquí, aún se derramará mucha sangre cristiana en los campos de Van-Dinh; y si la escuadra se acerca o no acelera más su paso, hay razones fundadas para temer que en pocos meses quede el Vietnam central sin misioneros, sin estudiantes, sin catequistas, y no se si sin cristianos». (16)

En agosto de 1859.

«Dícen que los europeos están edificando ciudad en la Conchinchina; no creíamos que vendrían con una sangre tan fría a vengar las injurias del Creador. ¡Pobres tonkinos, cuantas vejaciones padecéis y pade-

ceréis todavía!» (17).

«¡Qué extraño es, pues que algunos cristianos, sabiendo por experiencia que el día de la llegada de la expedición puede decirse que es el principio de sus trabajos, maldigan de este día y deseen que nunca barco europeo hubiera asomado a estas playas!» (18).

En septiembre de 1859.

«Gracias a las armas victoriosas de Francia y España. Muchos y hermosos proyectos, pero en los papeles. Y entre tanto, la antorcha de la fe se va apagando y la caridad enfriando en muchos! ¡Pobres cristianos de Tonkin, a qué estado os han reducido vuestros decantados libertadores!» (19)

Abril de 1860. «Non in armis... sed in omnipotenti Dei auxilio» (20).

BUEN HUMOR

En medio de esta tempestad el obispo tenía tiempo para escribir a su superior, a sus compañeros y a su casa haciéndolo siempre con buen humor. A su casa escribía en vascuence o imitaba su modo de hablar.

«Madrecita, cuando nos veamos en el cielo, tendremos que hablar en castellano, porque el vascuence se

me va olvidando ya».

«Allí hablar castellano, madre; no puede vascuence, y así, con soldados, aprender castellano es necesario. Usted madre, ahora vieja difícil aprender castellano, yo creer y mucho doler cabeza. Pero ahora aprender y después el madre hablar no puede a la hijo en

(16) Carta a la Obra de la Propagación de la Fe, 1-VII-1859.

(17) Carta al P. Rector de Ocaña, agosto de 1859.

(18) Carta al P. Gainza (4-VIII-1859).

(19) Carta al P. Riaño, 11-IX-1859.

(20) Carta al P. Estévez, 21-IV-1860.

cielo ¿entender madre, o no entender?

«Yo ando con agilidad y con salud. Hace más de año y medio que estoy en una misma casa, y este hermoso palacio tiene tejado de paja, pared de adobes de boñiga, postes de caña, cuartos de caña, puertas de

caña. No tiene más que un suelo, y éste es de tierra. En este gran palacio vivo mejor que la reina en el suyo.

«Por eso no tener cuidado madre. El hijo bien vivir; yo no tener envidia del reino». (21)

SIGUE LA PERSECUCION

Siguen los predicadores en Tonkin.

En octubre de 1860 exclamaba: «después de este estrago que la persecución ha causado en los misioneros, ya no quedan para la administración de todo el Vicariato mas que nueve o diez sacerdotes que puedan trabajar. Y si caminamos al paso que hasta ahora, es de temer que al cabo de un año no nos quede ninguno.

De lo que están padeciendo los pobres cristianos no hay palabras con qué declararlo. Hacía ya tres o cuatro años que el común de ellos están privados de todos los auxilios exteriores de la religión, sin sacramentos, sin predicación, sin culto externo...». (22).

El millón de católicos vietnamitas seguía su pasión, cuando el 5 de agosto la corte de Hue dio un decreto que venía a colmar el cáliz de sus amarguras. Los estatutos principales eran:

Art. 1.º—Todo cristiano, hombre o mujer, viejo o joven, debe ser dispersado por los pueblos infieles.

Art. 3.º—Todo pueblo cristiano debe ser completamente arrasado.

Art. 4.º—Todos los campos y bienes inmuebles de los cristianos de un pueblo sean distribuidos entre los habitantes de los pueblos infie-

les más cercanos, quienes se encargarán de pagar los derechos del Estado y tendrán facultad de gozar de ellos como suyos propios.

Art. 5.º—Todo cristiano será marcado en el rostro: en una mejilla estas dos palabras «**Ta Dao**» (falsa religión) y en la otra el nombre de la prefectura a que pertenezca». (23).

El decreto se llevó a cabo y las familias cristianas se vieron rotas, los hombres desterrados, los niños educados por gaganos, los pueblos arrasados.

El obispo se esfuerza en tirar a la Virgen del manto para que vuelva los ojos hacia sus hijos. Hace el voto de levantar un templo a la Inmaculada si concedía la paz a los cristianos. El no lo vio pero el P. Ricardo (Cha-Chinh-Hoa) que tanto había padecido en el Vicariato central pudo verlo realizado. La Basílica de la Inmaculada de Phu-nhai es la más espaciosa de Tonkin. Desde 1954 está bajo el dominio de los comunistas en Vietnam del Norte.

El decreto del rey Tu-Duc hizo que ya no hubiera lugar seguro para nadie. Acosados por tierra, huyeron al mar. Se embarcaron en uno de aquellos barquichuelos que andan por el río Sông-Cau. Apenas había sitio para un hombre en cada barquilla.

CAPTURA Y MARTIRIO

Fueron delatados y primero cayó el P. Hermosilla y su inseparable catequista José Khang. Días más tarde era apresado el obispo Valentín y el P. Almató. Los cuatro fueron conducidos río arriba con cargas y cadenas a la capital de Hai-Duong.

En la puerta de la ciudad, como en casi todas, para delatar a los cristianos hay en el suelo una cruz. Los prisioneros se postran en tierra y la adoran. Se levantan y gritan:

«Quitad de ahí este crucifijo, pues de lo contrario nos mataréis antes que entrar en la ciudad».

A cada uno le metieron en una jaula donde apenas podía estar encorvado.

Los perseguidores de la fe celebraron la captura del P. Hermosilla, hacía 20 años que era buscado, desde la persecución de Minh-Mang.

El rey Tu-Duc mandó que fueran conducidos a Hue. La orden llegó tarde. El día 1 de noviembre salía de Hai Duong el cortejo. Delante dos caballos y dos elefantes, luego cuatro compañías de tropa en dos hileras; en medio tres jaulas. Llegados al lugar del suplicio el P. Hermosilla pidió les dejaran una hora para rezar, lo cual les fue concedido. Pasado el tiempo dieron sus cuellos al verdugo. Los soldados daban cara a la multitud vigilando para prender al que tuviese el rostro y los ojos encarnados. Las cabezas, para escar-

(21) Carta a su madre, agosto de 1859. El original en vascoence.

(22) Carta al P. Sales, 11-X-1860

(23) Alguna vez antes habían ya sido marcados en la forma «falsa religión de Jesús» y los devotos cristianos rasparon con un cuchillo «falsa religión» y dejaron «Jesús».

miento, fueron puestas en estacas.

El beato catequista José Khuang fue decapitado un mes más tarde.

Otra parte del Tonkin estaba asignada a misioneros franceses, allí padeció martirio el P. Teofanes Venar (Thanh-Ven) que había dicho: «El viejo Hermosilla parecía una columna erguida en medio de las ruinas».

Ha caído también esta columna pero de esta sangre todavía ha de salir otra cristiandad más pujante.

Santa Teresita del Niño Jesús dedicó unos versos al martirio del P. Teofanes que bien podrían aplicarse

a nuestros mártires.

*¡Que dulcedumbre el alma
tuya tenía
entre las negras hieles
de la agonía!*

*¡Ay qué dulzura
beber riente el cáliz
de la amargura!*

*Si abreviar tu tormento
quiere el verdugo,
tu te niegas diciendo:*

*"Pues a Dios plugo
de mi alma el lirio,
quiero gustar despacio
mi cruel martirio".*

*Dame, atleta cristiano,
recia amardura,
para poblar de infieles
la azul altura.*

*Mi sangre y llanto
abrirán los cerrojos
del cielo Santo.*

*En las playas de infieles
donde luchaste
buscar la dicha anhelo
que tú encontraste.*

*Allá volara
al punto, si mi Esposo
lo deseara.*

Y SIGUE...

Todavía quedaban al rey Tu-Duc decretos más crueles.

En mayo de 1862 ordena decapitar a todos los cristianos varones de 10 años para arriba. Este mes y el siguiente fueron los más trágicos por las matanzas en masa. En el Vicariato central se calcula que fueron exterminados unos 30.000. Al terminar la persecución no quedaban sino viudas y huérfanos.

A principios de junio de 1862 se firmó un tratado con Francia por el que se concedía libertad religiosa.

No se aplicó al Vicariato central de inmediato, sino que se demoró hasta 1864 en que los católicos salvaron la vida de su Nerón de un complot preparado por los «detrados». Estos se vengaron en dos años 1862-1864 renovando las persecuciones.

Al final de 1864 la misión del Vietnam parecía arrasada, ni una iglesia, ni una misión, ni un pueblo cristiano, pero quedaba algo muy importante que no se había podido extinguir: la fe arraigada en el corazón del pueblo vietnamita.

Sumario



NUESTRA PORTADA — EL BEATO PEDRO ALMATO.

ALEGRIA CRISTIANA, F. C. V.

EL EVANGELIO DE MARIA, Roberto Cayuela, S. I.

¿HA MUERTO MARIA?, Carlos Callejo.

LOS MARTIRES DEL SUDESTE ASIATICO, J.J. E-S.

VALENTIN BERRIO-OCHOA, José M.º Fernández Domingo.

LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS DE UNA TRAGEDIA DE CUATRO SIGLOS,
J.J. Echave-Sustaeta.

VIETNAM — NOTICIAS SIN COMENTARIO.

MARIA EN LAS MEMORIAS DEL CARDENAL MINDSZENTY.

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES
DE JESUS Y MARIA



AÑO XXXII - NUM. 558
BARCELONA
MAYO - 1975

ADMINISTRACION: Laurie, 15, 3.º-(10)

Teléfono, 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS DE UNA TRAGEDIA DE CUATRO SIGLOS

J. J. ECHAVE-SUSTAETA

La reciente caída de todo el Vietnam bajo el comunismo, y los acontecimientos que la precedieron, han motivado muchos comentarios en periódicos y revistas sobre el prolongado sufrimiento del pueblo vietnamita tanto en la presente guerra como en las anteriores.

Pero estos innegables sufrimientos actuales y recientes, para una gran parte de su población —los católicos vietnamitas—, no son sino un episodio más de una continuada persecución que comenzó mucho antes de la descolonización y las guerras de independencia de mediados del presente siglo, pues situaciones trágicas como las que ahora se ciernen sobre su existencia, se vienen prodigando casi ininterrumpidamente desde que, hace casi cuatro siglos, llegaron a sus playas los primeros misioneros españoles para predicarles la fe de Cristo.

Sin esta historia, —que se narra en otros artículos de este número—, no se puede entender el drama indochino, ni su grandeza sobrehumana por sobrenatural, que parte de aquellos dominicos españoles que en gran número marcharon voluntarios a evangelizar el Anam, y de los que sólo de la Orden dominicana, la Iglesia ha elevado a los altares a 11 mártires y sacerdotes españoles, sin contar con la innumerable legión de mártires vietnamitas, y los numerosos de las misiones extranjeras francesas.

Esta es la auténtica historia del Vietnam y del Oriente cristiano: la persecución tenaz e implacable, sangrienta unas épocas, silenciosa otras, de unos hombres que por confesar la fe en Cristo han sido odiados y perseguidos por los poderes religiosos y políticos anticristianos.

Son estas las razones profundas de los acontecimientos del Vietnam, muy anteriores a la llegada de americanos, rusos o franceses; y no pueden explicarse por la mera anécdota de unas conferencias de paz en Ginebra o en París, o por la llegada o retirada de un cuerpo expedicionario occidental.

Si se ha dicho, con razón, que en toda cuestión política late siempre una cuestión religiosa, nunca resultará más claro que en este caso; aunque también hay que reconocer que toda persecución religiosa se ha presentado siempre bajo la capa de un problema político.

Voy a intentar describir brevemente la historia política de los últimos 20 años en Vietnam, para entrever el auténtico problema religioso que encierra.

PERSEGUIDOS Y REFUGIADOS EN VIETNAM DEL NORTE

Tras los acuerdos de Ginebra de 1954, que significaron la derrota de Francia y su desaparición del escenario en que se mantuvo durante más de medio siglo, imponiendo una «pax gallica» en el que creció pujante la cristiandad anamita—, los comunistas, que ocupaban el Norte, pese a un severo control, no pudieron impedir que más de novecientos mil católicos, huyendo por montes y ríos, y a través de la costa, se refugiaran en el Sur, abandonándolo todo menos las reliquias de sus mártires, las imágenes de sus vírgenes y los crucifijos de sus iglesias. Las dificultades y peligros de esta trágica marcha hacia el sur la narra magníficamente un médico americano en su apasionante libro «El día en que ardieron las montañas».

El Norte nunca admitió el público fracaso de un éxodo de casi un millón de ciudadanos que huyeron de su paraíso, y no lo han olvidado hoy al hallarlos de nuevo en el Sur. Estos refugiados, seguidores de aquella legión de mártires de siglos pasados, han constituido el más sólido bastión de la lucha contra el comunismo durante estos 20 años. A través de sus hermanos que no pudieron huir sabían de las persecuciones de los cristianos y se han resistido denodadamente a la invasión. Hoy han vuelto a ser «liberados» de nuevo por aquellos de los que escaparon.

EL FIN DE UNA EPOCA DE LIBERTAD EN EL SUR

En el Sur destrozado por la guerra, sin recursos económicos, con un millón de refugiados, y con la poderosa amenaza del comunismo se hizo con el poder Diem primer ministro del emperador. Los más optimistas le daban tres meses de vida, pero su régimen, que duró 9 años, logró reconstruir el país, convirtiéndolo en una nación unida, que, sin apoyo militar extranjero contenía al comunismo en el Norte.

Con la llegada de los Kennedy a la presidencia norteamericana comenzaron las tribulaciones para el Régimen de Diem. Su embajador Cabot Lodge le exigía apertura democrática y un gobierno de coalición

con los comunistas, a lo que se opuso el presidente sudvietnamita, sabedor de que éste ha sido el medio utilizado hasta ahora de los comunistas para ocupar el poder; su oposición supuso su caída y su muerte.

Las grandes emisoras y rotativos internacionales, especialmente norteamericanos, comenzaron a repetir día tras día terribles requisitorias contra el «católico presidente». Se difundía en las grandes revistas profusamente ilustradas, la cruel «persecución contra los budistas»; la foto del bonzo Thich Than, que se suicidó quemándose vivo, recorrió el mundo. En el interior se utilizaban todos los medios para provocar y recrudecer el secular odio de los budistas, odio que no sólo iba dirigido contra los Diem, sino que alcanzaba por igual a todos los católicos vietnamitas.

Así se llegó al día de difuntos de 1963 en que estalló el golpe de estado organizado, financiado y dirigido personalmente por la embajada americana, y encabezado por su hombre de confianza, el general Minh, el «gran Minh», cuya junta militar arrestó a los hermanos Diem, sacándoles del palacio en un tanque donde los asesinaron. La foto de sus cadáveres ensangrentados recorrió las páginas de todas las revistas ilustradas, siniestro presagio de las que tres semanas más tarde reflejarían el cuerpo sin vida del hombre que ordenó el fin de una época en Vietnam: el presidente Kennedy.

CONSECUENCIAS DE UN DERROCAMIENTO: CORRUPCION, ODIOS Y DIVISION

Al día siguiente de la muerte del «dictador» los antes mortecinos letreros luminosos del barrio de Cholon desplegaron en un alarde de lujo, torrentes de luces multicolores, anunciando la reapertura de sus cabarets, sus prostíbulos, sus taxi-girls y sus salas de fiestas donde se presentaban cantantes indígenas imitadoras de los ídolos de la canción occidental, anunciando los últimos «hits parade» ensayados en secreto, pues todo aquello había estado prohibido por el católico presidente».

La mayor responsabilidad de los americanos no fue la de organizar la caída y la muerte de Diem, tragedia, como tantas otras, sino la de explotar artificialmente el secular resentimiento budista, azuzando el problema religioso contra los católicos. La más grave consecuencia de ello, fue la ruptura de la unidad del pueblo, resucitando la división religiosa que motivó la desunión política y civil. Se dividió la población entre budistas resentidos dispuestos al desquite y católicos discriminados; y entre civiles enconados, políticos contra militares que ambicionaban el poder, etc. Más que los militares de la junta y sus amigos los america-

nos, más que los bonzos budistas profundamente imbuidos de odio anticristiano que pretendieron recuperar su perdida influencia, los auténticos beneficiarios, del golpe y de la subsiguiente división, fueron los comunistas.

En aquellos días, John Richardson, funcionario norteamericano declaraba: **«El derrocamiento de este régimen que tan tenazmente ha combatido al comunismo, cuando está próxima su victoria militar sobre los comunistas de Ho-Chi-Minh, constituye hoy en importancia una traición grave como la que constituyó la entrega de China continental a Mao Thse Tung».**

Con el derrocamiento de Diem llegaban malos tiempos para los católicos sudvietnamitas, que odiados por los budistas que les hicieron purgar los 9 años de «triumfalismo católico» eliminados de la administración y marginados de los americanos, presagiaban males peores.

UNA GUERRA QUE NUNCA SE QUISO GANAR

Ante los ataques cada vez más decididos de los comunistas del Norte, los americanos enviaron cada vez más soldados; pero no para vencer, sino sólo para disuadir y contener; y es sabido que una guerra en que el combatiente no tiene voluntad de vencer, está perdida de antemano.

Renació la campaña internacional de las grandes emisoras y rotativos, criticando la inutilidad de la guerra, la crueldad de los bombardeos y exaltando la heroicidad de los guerrilleros comunistas. Se multiplicaron en América las manifestaciones «pacifistas» encabezadas por las banderas vietcong bajo las que se disparaba contra sus soldados, y se asaltaron las oficinas de reclutamiento, instigando a la desertión. Se publicaron con gran estrépito los «papeles del Pentágono» denunciando propios errores. Se exigió la repatriación de los expedicionarios ya anunciada por Nixon en el programa de su campaña electoral. Bajo el nombre de «vietnamización» y de una retirada digna y una paz con honor se ocultó una derrota política en una guerra que militarmente nunca se quiso ganar.

SOLUCION POLITICA SOBRE DERROTA MILITAR

Nixon, de la mano de Kissinger, visitó China Roja, abandonando a sus fieles aliados de Formosa. Con moral de derrota se llegó a los acuerdos de París por los que se daba final oficial a la guerra y entrega secreta de todo el Vietnam al comunismo. Ello le valió el premio Nóbel de la Paz a Mr. Kissinger. Las seguridades dadas por Nixon a Thieu de que si el Norte no respetaba los acuerdos, emplearía toda su potencia militar en la defensa del Sur, eran insinceras por in-

compatibles con el «espíritu» de los acuerdos de París. Centenares de miles de muertos siguieron cayendo en Vietnam del Sur, pese al final oficial de la guerra, hasta que el Norte, sabedor de que había llegado ya la hora fijada de antemano, desplazó 19 divisiones hacia el Sur. Se pidió ayuda urgente a Washington pero surgieron oportunísimas discrepancias entre un Presidente que quería ayudar y no tenía los medios, y un Congreso que tenía los medios y no quería ayudar. Se dijo que la suerte de Indochina estaba echada y que cualquier tipo de ayuda no haría sino prolongar la agonía de un pueblo condenado a morir.

La desmoralización del ejército fue total. Si los americanos decían que la guerra estaba perdida, no había nada que hacer; no existía razón para luchar, sino para retirarse hacia el Sur, en espera de que cambiasen de actitud y a la vista de la catástrofe que se avecinaba, se decidieran a intervenir decisivamente. Se perdieron las planicies centrales y la antigua capital imperial de Hue. La evacuación de Da-nang, la gigantesca base naval americana, fue un espectáculo dantesco fielmente reproducido por los reporteros gráficos que formaban en la cola del ejército políticamente derrotado. Centenares de miles de refugiados huían de sus libertadores, provocando el desconcierto de los comentaristas internacionales que no acertaban a explicarse tal inconsecuencia. No querían aceptar que los católicos que ya habían huido hace veinte años, y los que habían luchado contra el comunismo intentaban alcanzar Saigón, en la vana creencia de que los «odios yanquis» intervendrían antes que permitir la caída de la capital.

Pero los americanos no se preocupaban por defender el cada vez más mermado territorio, sino que se esforzaban por cumplir las exigencias del Vietcong de que dimitiera Thieu y se formara el ansiado gobierno de coalición que negociaría una solución política de la guerra. Nuevamente acudieron al hombre de su confianza, al que había encabezado la rebelión contra Diem, al «gran Minh», al que a los tres meses del golpe había sido expulsado del país por sus propios oficiales. Siníestra grandeza la de este militar budista encarnizado enemigo de los católicos, la grandeza del puntillero y del enterrador. El Gran Minh se limitó a solicitar en 24 horas la rendición incondicional ante el vietcong. El primero de mayo entraban los comunistas en Saigón sin disparar un tiro.

EL MARTIRIO DE LOS QUE SE QUEDARON Y LOS SUFRIMIENTOS DE LOS QUE HUYERON

La primera medida de las tropas libertadoras cuando ocupaban una ciudad fue la de cortar todas las comunicaciones, por ello carecemos de noticias de agen-

cia sobre lo que está sucediendo en Vietnam. No obstante lo que pasa acaba por saberse, y pese a que no lo han publicado los periódicos se ha sabido que monseñor Pedro Nguen Huy Mai, obispo de la ciudad de Ban Me Thust, situada a 100 millas al norte de Saigón, fue asesinado recientemente junto a dos sacerdotes de su diócesis, al ser ocupada por las tropas norvietnamitas.

El segundo obispo mártir, es el de la nueva diócesis de Phan Thiet, ejecutado juntamente con siete sacerdotes, el pasado 5 de abril.

Circula también la noticia de que en las regiones más al norte del país, se está procediendo, diariamente a millares de ejecuciones, esta última, no ha podido ser confirmada, pero no será otra cosa que la aplicación práctica del cuarto de los puntos del comunicado del Gobierno Provisional Revolucionario, publicado en toda nuestra prensa, que anuncia: «Severo castigo para los reaccionarios que sean contrarios al nuevo régimen revolucionario».

En el último momento, y en un apresurado y desorganizado intento de salvar la vida de víctimas seguras, —que inicialmente se habían previsto en medio millón— se procedió a la evacuación de unas ciento veinte mil personas. Pero hasta esta última decisión humanitaria ha tenido que ser también infamada por las agencias internacionales, que han dicho que sólo huyen los corrompidos amigos de los americanos, sus fieles y carifiosas prostitutas, y los negociantes que hicieron sus millones especulando en el mercado negro con la ayuda económica.

Sabía que era una infamia, y que muchos de los que huían habían de ser católicos vietnamitas que se habían opuesto con todas sus fuerzas al triunfo del comunismo. Tuve que leer todos los periódicos buscando entre las noticias pequeñas escondidas entre texto y bajo titulares anodinos. Por fin hallé siete líneas en la «Vanguardia» de Barcelona del 8 de mayo que decía:

«Agena, 7.—Unos 20.000 sudvietnamitas han llegado hoy a Guam. Este es el mayor contingente de fugitivos llegados en un solo día desde que comenzó la evacuación. ENTRE LOS LLEGADOS AHORA SE ENCUENTRAN MUCHOS PESCADORES CATÓLICOS QUE VIENEN DESCALZOS Y PORTAN CON ELLOS LAS IMAGENES DE LA VIRGEN Y CRUCIFIJOS QUE SACARON DE SUS IGLESIAS».—(Efe-Reuter).

Los que se quedaron y han sido martirizados y perseguidos, y los que abandonándolo todo salvo su fe cristiana han tenido que abandonar la tierra de sus padres, unos y otros, son los verdaderos protagonistas, son los mártires del Vietnam.

Vietnam - Noticias sin comentario

Entrega de poderes al general Van Minh. — La Asamblea Nacional de Vietnam del Sur ha votado por unanimidad la entrega de poderes al general Doung Van Minh, como presidente, para tratar de llevar a cabo negociaciones con los comunistas, tras la solicitud del presidente Huong de ser sustituido. Huong había asumido el cargo el pasado lunes tras la dimisión de Van Thieu.—(Efe. 26 abril 1975).



Los sucesores de Van Thieu.—Ming y Huong son los dos étnicamente sudvietnamitas y **comparten una antipatía común hacia los católicos.** El presidente es seguidor de Confucio y el general es budista. Los dos parecen interesados en lograr la paz lo antes posible.—(Correo Español 26-4-75).



Refugiados llegan a la isla de Guam.—Unos 20.000 sudvietnamitas han llegado hoy a la isla de Guam. Este es el mayor contingente de fugitivos llegados en un sólo día desde que comenzó la evacuación. Entre los llegados ahora se encuentran **muchos pescadores católicos que vienen descalzos y portan con ellos las imágenes de la Virgen y los crucifijos que sacaron de sus iglesias.**—(Efe-Reuter).



LO QUE LA PRENSA HA DICHO

Los Obispos sudvietnamitas se quedan en sus diócesis

PARIS. Efe.—2-4-75.—Los Obispos de Hué, Da Nang, Ban Me Thout, Kontún y Delat, permanecieron en sus diócesis, después del avance de las tropas comunistas.—(Gaceta del Norte, 3-4-75).

LO QUE LA PRENSA NO HA DICHO

Dos Obispos y nueve sacerdotes asesinados por los comunistas.

«Monseñor Pedro Nguen Huy Mai, Obispo de la ciudad de Ban Me Thout, situada a unas cien millas al norte de Saigón, ha sido asesinado recientemente junto a dos sacerdotes de su diócesis; asimismo, el Obispo de la nueva diócesis de Phan Thiet, ha sido ejecutado el pasado día 5 de abril, junto con siete sacerdotes.

Circula también la noticia de que en las regiones más al norte del país, ocupadas por los comunistas, están ocurriendo diariamente millares de ejecuciones.—(Comunicado de la Sociedad Covadonga, de mayo de 1975).

El Nuncio expulsado de Vietnam.

Vientian, 5. (Efe-Up).—Monseñor Henry Le Maitre, delegado apostólico en la capital sudvietnamita y el embajador francés Jean Marie Merillon que han sido expulsados del país por el Gobierno revolucionario han abandonado Vietnam del Sur en un avión nordvietnamita que los trasladó a Vientian.

Aunque no se han anunciado hasta ahora los motivos de esta salida, en círculos competentes de la capital se dice, que el representante del Vaticano en Vietnam del Sur se ha visto obligado a abandonar el país «**bajo fuertes presiones**».—(ABC, 6-6-75).

El muro del silencio se ha abatido sobre Indochina

La verdad sobre la tragedia indescriptible de Indochina ha encontrado un «muro de silencio» en «horizontes civilizados» temerosos de toparse con ella. Ayer se exhibió en el Club de Corresponsables de Prensa de Hong Kong una película de los últimos días de Pnom Penh y Saigón, y de los primeros del «orden nuevo». Las imágenes eran terribles. Ante la película sobra todo comentario. Yo la ví, pero no sé contarla. Encontré a varios de los corresponsales recientemente expulsados de Saigón. Algunos hablaban vietnamita y se llevaban muy bien con el Vietcong clandestino. A uno de ellos le pronostiqué yo en Saigón hace tres meses que lo expulsarían de los primeros. Se rió mucho y no lo creyó posible. Ayer me dio la razón.

Los fusilamientos en la plaza pública, expulsiones, tribunales populares, represión, censura, deportación y control totalitario, van llegando gradualmente a Vietnam del Sur. La represalia está en marcha, a medida que la influencia del Norte se deja sentir más sobre el Sur.

(De la crónica de Javier M.^a Padilla desde Hong Kong, publicada en «La Vanguardia» de 12-6-75).

Cursos de «reeducación» para los responsables del antiguo régimen.

Hong Kong, 11.—El comité militar administrativo de Saigón ordenó ayer a **todos los responsables del antiguo régimen que sigan cursos de «reeducación»**, ha anunciado radio Gai Phong, captada en Hong Kong.

Según el comunicado firmado por el presidente del Comité General Tran Van Tra, estos cursos que tendrán lugar en establecimientos escolares de Saigón, durarán un mes, y obligarán a todos los parlamentarios, dirigentes de los antiguos partidos políticos, oficiales de graduación superior a comandante, y a todos los altos funcionarios centrales y provinciales.—Efe-AFP. (La Vanguardia, 12-6-75).

MARIA EN LAS MEMORIAS DEL CARDENAL MINDSZENTY

Ha muerto el cardenal Mindszenty cuyo nombre evoca la resistencia al comunismo de la Iglesia católica de Hungría y de toda la Iglesia del Silencio.

No es tan explícitamente conocida su devoción y la de su pueblo, el **Regnum Marianum**, a la Virgen María. Como homenaje póstumo pensamos que lo me-

jor es publicar algunos fragmentos de sus **Memorias** (1) para que al fomentar así en Occidente, donde también se vio condenado al silencio, la devoción y entrega a María escapemos del dominio comunista como prometió en Fátima la Madre de la Iglesia.

MARIA EN LA HISTORIA DE HUNGRIA

En el año 1000 el Rey Esteban (997-1038) recibió del Papa Silvestre la luego tan famosa corona de San Esteban y el derecho de fundar sedes episcopales y conventos. Por doquier se construyeron en el país basílicas e iglesias, por doquier erigieron escuelas los sa-

cerdotes y los religiosos. Poco antes de su muerte, el 15 de agosto de 1038, aquel rey, luego santificado, consagró su pueblo y su tierra a la Madre de Nuestro Señor. Nuestra patria fue el primer país —900 años antes del mensaje de Fátima— confiado a la Virgen.

Y durante siglos se ha distinguido oficialmente como «el país de María».

Pannonia era antiguamente un jardín florido, cuidado y mantenido por la Santísima Virgen. Pero cada vez que Pannonia olvidaba esta protección de la Virgen y dejaba de hacerse acreedor de ella, la nación entraba en decadencia y el campo de batalla se convertía en su tumba.

Los días pretéritos demuestran esta convicción. Las infidelidades a María y las tumbas como las de Mohacs tienen demasiada correlación para ser producto de la casualidad. El país de María fue liberado de nuevo por devotos de la Virgen y en especial por miembros de las Congregaciones. Los oficiales del ejército que expulsaron al extranjero de nuestra patria eran en su mayor parte congregantes. Cuando el 2 de septiembre de 1886 sonaron bajo la fortaleza de Buda las trombas de guerra y fue conquistada por los congregantes entre invocaciones de auxilio a la Madre de Dios, los vencedores izaron inmediatamente, después de conquistarla, la bandera mariana en lo alto de la fortaleza. Fue también entonces cuando el príncipe Esterhazy compuso su maravillosa oración que comienza con estas palabras: «Haz mención de nosotros a Dios, Madre gloriosa, la más gran Mujer de Hungría».

En una ocasión hice un llamamiento a la juventud rogándole que tuviera siempre presente aquellos recuerdos: «Hace unos días me encontraba con el corazón emocionado en la capilla de los franciscanos de Szecseny, donde el cantor de las glorias de María, Rakoczi, asistía diariamente a la Santa Misa y rezaba el rosario con su pajes en solicitud de protección de la más grande Mujer de Hungría. Grabad esta imagen en vuestras almas y seguid en todo momento dicho ejemplo».

AÑO MARIANO Y VENGANZA COMUNISTA 1947-48

Como ha quedado anteriormente citado era mi anhelo fortalecer el histórico **Regnum Marianum**. En mis sermones y cartas pastorales hablé profusamente de este tema. Subrayé que la ofrenda del país y la corona a la Madre de Dios el 15 de agosto de 1038, era un compromiso que nos vinculaba a todos.

Los obispos de Hungría anunciaron así el 14 de agosto de 1947 el Año Mariano húngaro. Declararon al respecto: «Nosotros los húngaros estamos unidos a la Virgen María por nuestro pasado histórico... hasta los señores protestantes de Transilvania acuñan la imagen de María en su moneda, de manera tan insoluble estaba enraizado en la conciencia pública este hecho: Hungría es el Reino de María... la alianza de San Es-

En la época amarga de la lucha de liberación, de 1848 y 1849, otro glorificador de María, Ferenc Deák fue quien benefició al país con la paz, mientras reconciliaba a la nación con la dinastía. Rechazó con energía la petición de que tomara parte en una conspiración e hizo famosa esta frase: «¿Por qué utilizar el veneno cuando existe un medio de salvación infalible?». Su medio de salvación, su consejero y amigo era su propia conciencia. Y esta conciencia se formó en el amor a nuestra Madre María. Deák llevó hasta el final de su vida el escapulario, consagró pueblo y tierra a la Santa Virgen y rezaba el Rosario antes de las sesiones parlamentarias.

La época moderna introduciría, con las ideas liberales y adversarias de la Iglesia, la indiferencia religiosa y el ateísmo entre nosotros. Se resquebrajó la moral, se rodeó de desprecio y desdén al sacramento del matrimonio y se rebajó el vínculo de su nobilísima finalidad. Que a pesar de todos estos azotes, la nación enferma siguiera con vida fue con toda seguridad una gracia concedida por María.

El 10 de diciembre de 1947 fue firmado el tratado de paz. Celebramos unas horas de oración en la basílica de San Esteban, en Budapest. Cerré nuestras súplicas con el ruego: «Es Tu divina decisión que las ordenaciones humanas sean perecederas. Por ello, nos dirigimos a Tí desde lo más profundo de nuestra alma, Dios justiciero y a la más grande Mujer de Hungría, espejo de la justicia».

Tras estas consideraciones, formulé la conclusión de conducir estrictamente a la nación por el camino de la Santa Madre de Dios para proceder así al reencuentro de nuestro pueblo con la fuente de vida de todos los pueblos.

teban es todavía válida hoy día... vemos el dedo de Dios en los acontecimientos históricos. Precisamente por ello no perdemos la esperanza en el peligro y la tempestad. Por ello os hacemos este llamamiento, queridos húngaros, ahora... para que al igual que vuestros antepasados pongáis vuestro destino en las manos de Dios por medio de S. Santísima Madre. Por todo ello, el año 1947-48 tiene que ser un Año Mariano.

Procedí a la apertura de aquel Año Mariano en Esztergom, el 15 de agosto de 1947. Todos los obispos de Hungría y 60.000 peregrinos se concentraron para la solemnidad.

En el sermón pronunciado a raíz de la festividad dije lo siguiente: «Como nuestros antepasados en los

años, 1038, 1317, 1679 y nuevamente en 1896, prestaron su juramento de fidelidad a la Madre de Hungría, queremos reiterarlo hoy, entre las calamidades de los años 1947-48. Impulsados por la convicción de que solamente puede confiar en su supervivencia la nación que contempla con veneración su pasado, queremos marchar hacia el futuro con las experiencias del pasado. Las lecciones de ese pasado son guía para el futuro.

Animé a los sacerdotes para que organizaran peregrinaciones a los monasterios marianos de nuestra patria. Mi llamamiento tuvo considerable eco. El 18 de agosto de 1947, el «Mgyar Kurir» informó que el 15 de agosto casi un millón y medio de fieles habían peregrinado a los monasterios marianos. El 8 de septiembre de 1947, fiesta de la Natividad de María, se contaron 1.768.000 personas en aquellos lugares santos y se impartieron 1.112.000 comuniones. El 14 de septiembre acudí con 100.000 hombres de la capital a Mariaremete.

En los primeros días de octubre se celebraron en Budapest los actos del Congreso Nacional Mariano. El 4 de octubre dirigí la palabra a 150.000 jóvenes, y por la tarde a 90.000 fieles. Al día siguiente dirigí la palabra a los representantes de tres mil comunidades parroquiales.

El último día del Congreso se celebró la concentración de padres católicos en la plaza situada ante la Basílica de San Esteban. Acudieron en número de 200.000 y testimoniaron así de manera impresionante la voluntad del pueblo de protegerse bajo el manto de la Virgen.

Me fue así posible escribir con gran alegría en el Mensaje del Año Nuevo: «En la segunda mitad del año se escucharon ininterrumpidamente las alabanzas a María a lo largo del Theiss, en Szombathely, en Eger y en la capital... En aquellos tiempos difíciles fue una de mis pocas alegrías. Consuela el alma la evocación de semejantes recuerdos... Seríamos verdaderamente pobres y desvalidos si faltara el resplandor de esta luz bajo la cruz... ¿Nos acompañará también este resplandor durante el año que entra? Resulta doloroso el solo pensamiento de que por culpa de nuestra indiferencia y permisividad pudiera romperse el compromiso de San Esteban. La disolución de este compromiso equivaldría a la muerte de la nación, al derrumbamiento para el que no habría salvación alguna».

Baste decir para dar una idea de las proporciones

alcanzadas por aquellas celebraciones, que tan solo en las peregrinaciones correspondientes al Año Mariano tomaron parte un total de cuatro millones seiscientos mil fieles.

El estandarte mariano recorrió triunfalmente todo el país sometido a tan duras pruebas. La Madre de Dios extendía su protección sobre Hungría. Pero el enemigo no cejaba en su empeño y tampoco permanecía inactivo.

Desde hace varias semanas, en todos los pueblos y lugares de Hungría se hacen públicas unas conclusiones de corte totalmente idéntico, dirigidas contra mí. Me acusan de manejos contrarrevolucionarios efectuados por mí en los años 1947 y 1948 con ocasión de las solemnidades marianas. Me acusan asimismo de ser enemigo del pueblo. Se lamentan de que no se haya llegado a un acuerdo entre Iglesia y Estado y exigen el cese de mi «vergonzosa actividad». Como todos saben, el objetivo de las solemnidades marianas fue la difusión de veneración a María y el fortalecimiento de la conciencia religiosa. Durante las solemnidades marianas no se abordó nunca un tema político. Proclamamos en todo momento la virtud de María, la dignidad humana, el amor al prójimo y la justicia, invocando la veneración a la figura de la Virgen. (Llamamiento al pueblo del 18 de noviembre de 1948).

Por la tarde del día de San Esteban (26-XII-1948), el primer mártir en cuya memoria se eleva mi templo titular en Roma, Santo Stefano Rotondo, fui detenido.

«Cuando nuestra nación sufrió una aniquiladora derrota en la batalla de Mohacs, muchos hombres, mujeres y niños, desaparecieron. Los restantes que habían quedado en Hungría, abandonaron el terreno abierto y se escondieron en pantanos o en los barrancos y desfiladeros de las estribaciones montañosas. Carecían con frecuencia de ropas, calzado, ganado y pan. Se nutrían de raíces y frutos del bosque. En recuerdo de un buen pasado, en la miseria y sufrimiento del presente y en la esperanza de un futuro mejor entonaron una nueva canción que sobrevivió generaciones y siglos, sin que nunca se silenció en ellos.

«Refugio de pecadores,
mitiga, Madre, las calamidades de tus hijos
juntamos las manos.
El sufrimiento de la Patria pronto cambiará.
Imploramos del cielo misericordia.
No olvides a los húngaros, los pobres».